

Javier Viveros

URBANO, DEMASIADO URBANO



© Javier Viveros
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 884
Asunción-Paraguay
Telefax (595 21) 214 295
e-mail: arandura@tigo.com.py
www.arandura.pyglocal.com

Setiembre 2009
ISBN

¿El campo? ¿Ese lugar donde los pollos se pasean crudos?
Max Jacob.

Para Milady Giménez, literatura y música toda ella.

EL COBARDE DE LA LÍNEA 31

Sobre la Avenida Mariscal López, el ómnibus de la Línea 31 avanza seguro de su condición de bestia dominante entre la manada de acelerados automóviles. Alguien hace la señal de parada en una esquina (la calle perpendicular es Venezuela o quizá Pitiantuta). El vehículo suspende su marcha y acoge al pasajero. Es Nelson, quien ahora abona el pasaje y ocupa uno de los asientos disponibles. Hay una discusión en ese ómnibus habitado por dos mujeres (la inspectora de boletos y la otra con el celular pegado al oído derecho), un hombre con el quepis al revés, un policía, el chofer y ahora Nelson.

A pesar de la miríada de asientos disponibles, el policía está parado al fondo. El uniformado es pequeño

pero también flaco y está escuchando con atención las palabras que intercambian el chofer, el hombre del quepis al revés y la inspectora de boletos (que es la primera en su género en ejercer ese oficio en Paraguay). La batalla verbal, aparentemente, lleva algún tiempo de iniciada. Se percibe tensión en el ambiente, una tensión *in crescendo* bosquejada por el rugido ascendente del motor en marcha del ómnibus.

Por lo que se puede deducir, el chofer entregó un boleto previamente utilizado al hombre del quepis y cuando la inspectora realizó la verificación se dio cuenta del hecho y se lo reclamó al pasajero, y éste al chofer, en la típica reacción en cadena que suele armarse cuando de la adjudicación de una culpa se trata. El hombre del quepis al revés pagó el precio normal por el boleto y el chofer le dio uno previamente utilizado sin que el primero cayera en la cuenta de ello.

Es muy poco usual que un inspector le reclame algo al chofer, suelen estar ligados -cuando no por la amistad- por alguna suerte de regla no escrita de “cada uno a lo suyo”. La inspectora habla ya muy poco y son ahora el chofer y el hombre del quepis quienes se conversan a través de un espejo apenas polvoriento.

El hombre del quepis al revés, ofendidísimo porque recibió un boleto ya usado antes por otro pasajero, grita al chofer que es un corrupto, un ladrón y un

sinvergüenza. La discusión sube varios tonos. La mujer del celular ha cortado la llamada o la han cortado del otro lado de la línea; lo cierto es que ya no habla y sólo observa la discusión y asiente levemente las palabras del hombre que lleva el quepis volteado. Nelson está sentado un par de asientos detrás del chofer y no vuelve la cabeza para mirar al que grita a sus espaldas. La perorata pro-ética sigue desarrollándose detrás de su cuello, el chofer contesta con algunas salvajadas no carentes de ingenio. Y el vaso se derrama.

El hombre del quepis salta de su asiento y va directamente a encarar al chofer. Le grita en la cara que es un corrupto y que es un ladrón. La situación se pone más densa, la tensión se hace ya casi palpable. En cualquier momento llegan a las manos. El hombre del quepis es grande, de corpulentos brazos. El chofer sigue conduciendo y responde de vez en cuando, hilvana algunas frases sin mirar al rostro de quien lo llama deshonesto. Y allí se hace presente el policía, el pequeño guardián de la ley se acerca al epicentro de la discusión y, en un español dubitante, pide al hombre del quepis que se calme. Debido a su ubicación, Nelson puede ver perfectamente la escena. También la mujer del celular, que está sentada a dos asientos de distancia pero al otro lado del pasillo.

Súbitamente, en medio del fragor de las palabras, el policía recibe un empujón y el chofer un puñetazo. La mujer del celular grita que se detengan. El policía sujeta al hombre del quepis por detrás y trata de inmovilizarlo. Con la cachiporra en la mano izquierda empieza a pegarle en las pantorrillas. La inspectora es una estatua; Nelson, una montaña de hielo.

—Pegame. A ver lo que podés hacer —grita el hombre del quepis al policía—. Si quiero aquí mismo te mato —agrega.

Como la cosa empeoraba, el chofer se sale de su ruta habitual e informa a los “señores pasajeros” que buscará la comisaría más cercana. Sin oírlo quizá, el hombre del quepis se libera del policía con un empujón fortísimo. Victoria momentánea en la batalla desigual. Mientras el policía se reincorpora, el hombre del quepis se dirige a los pasajeros y les enrostra su cobardía.

—Callados allí, sin protestar. No son humanos, ¡son animales!

La inspectora se levanta y dice una palabra que no tiene absolutamente nada que ver con el tema en cuestión. El hombre del quepis se acerca ahora a Nelson y a escasos centímetros de su cara lo llama cobarde.

—Vos sos un cobarde, ella es cobarde. Todos aquí son unos animales que aguantan ser pisoteados diariamente.

El hombre del quepis sigue cerca del asiento de Nelson y continúa hablando. El policía se acerca por detrás e intenta nuevamente asirlo. El hombre del quepis se resiste, el policía está por perder control de la masa de músculos que se mueve con rabia entre sus brazos. El policía mira a Nelson y le hace una seña para que lo ayude. La seña se hace sonora:

—Agarrale, *chera'a*.

Y Nelson, que se sabe cobarde como un avestruz, desvía la mirada. Aquí no pasa nada. La mujer del celular pide a Nelson, a viva voz, que haga algo, que sea hombre. Pero Nelson, que siempre quiso huir de las peleas, no está en ese ómnibus. Nelson contempla el paisaje que se desplaza a través de la ventanilla, impertérrito, mientras el forcejeo prosigue su alborotado curso. *Un hombre acosado por un acto de cobardía es más complejo y más interesante que un hombre meramente animoso*. La mujer del celular parece no estar de acuerdo con la frase porque levantándose del asiento, furiosa, grita a Nelson que intervenga, que se mueva, que ayude al policía. Nelson la contempla de reojo y parece reconocerla de algún lugar.

Vueltos una masa de brazos y piernas entreverados como en un cuadro de Picasso, el policía y el hombre del quepis se mueven hacia el fondo del ómnibus; el entrechocar de fuerzas continúa sin resolución. En una esquina, el chofer se ve obligado a detener la marcha, por orden del semáforo rojo. La ocasión es aprovechada por uno de los pasajeros para abandonar apresuradamente el vehículo por la puerta delantera. Cuando Nelson salta del ómnibus ve que el hombre del quepis, ya fuera de sí, pateo una de las ventanas y riega los cristales por el suelo. Desde la vereda, Nelson contempla los vidrios desparramados y presencia luego cuando el ómnibus emprende su marcha con su carga demencial.

No es que Nelson fuera una mala persona (al menos no más que el promedio). Era cobarde nomás, así como algunos son rubios o nacen de mal genio. Él era cobarde, había aceptado ya ese hecho y había aprendido a vivir con ello. De ser cierta aquella afirmación de un inglés de que un cobarde muere mil veces antes de alcanzar la muerte definitiva, Nelson era ya un marmóreo monumento a la Reencarnación. En la escuela huía de las peleas; prefería no contestar los insultos. Los *nambíro* los pasaba por alto, por temor a tener que cruzar los puños con otro, por miedo a que su anatomía terminara dañada como resultado de una confrontación física.

Al día siguiente Nelson puede ver otra vez a la mujer del celular, la que le había gritado dentro del ómnibus. La ve en la televisión y entiende por qué ese rostro se le había antojado conocido. La mujer del celular —embellecida ahora por la magia fraudulenta del maquillaje— es una de las presentadoras del noticiero y está hablando de la explosión de una garrafa en el Mercado Cuatro. Nelson busca el control remoto para cambiar de canal y detiene su búsqueda cuando oye la siguiente noticia, la que lo deja frío. El viaje en ómnibus del día anterior había terminado mal. Verdaderamente mal. El hombre del quepis había sacado un revólver, de tres balazos había dado muerte al chofer y había también herido al policía en el muslo izquierdo. Se veía en cámara al hombre del quepis, esposado, golpeado y ya sin su quepis. Estaba preso, pero la odisea rutera se había coronado de modo trágico.

—Por lo del problema de tu auto vos estuviste en ese ómnibus, compañera —dice el otro presentador del noticiero.

Y la mujer del celular afirma con la cabeza y empieza a narrar el episodio en todos sus detalles, una profusión de detalles de quien estuvo allí, un lujo de detalles superable tan sólo por la imaginación. Todo lo narra con lentitud y en el relato están el chofer y la inspectora, están el policía y el hombre del quepis. Y

también está él, también está Nelson. En el diálogo posterior entre los presentadores del noticiario se usan las palabras “cobarde” y “gallina”, y aparecen también las frases “omisión de auxilio” y “negligencia criminal”. La presentadora del noticiario, la mujer del celular, dice entonces que conoce al sujeto cobarde, que lo había visto en el programa de entretenimientos del canal, que ya solicitó la cinta a la gente de Archivo y que en la edición nocturna tendría novedades.

Y una vez apagado el televisor, Nelson teme. Y teme con razón. Porque al subir al ómnibus al siguiente día ve un papel con su fotografía pegado a las paredes del vehículo. El título dice “El cobarde de la Línea 31” y se narra abajo, en letras más pequeñas, la historia de su omisión de auxilio y se maltrata su hombría. Y el papel dice que está prohibido que suba, pero el chofer no lo reconoce porque es invierno y Nelson lleva bufanda y gasta gorra. Y entonces Nelson paga el pasaje y recibe una boleta temblorosa. Y se va para el fondo y a la cuarta o quinta cuadra de viaje toca el timbre y baja. Y piensa. Y se siente asediado. Y toma otro ómnibus, Línea 56, y también está allí el papel con su fotografía. El cobarde de la Línea 31. Y la historia en letras pequeñas. Omisión de auxilio. Poco hombre.

Nelson vuelve a su casa, enciende el televisor y ve que es ya una celebridad, una celebridad negativa. Su fotografía la sacaron de una cámara oculta en la que

había participado. En la calle Palma, una hermosa señorita preguntaba una dirección a los transeúntes y mientras recibía la respuesta se ponía a gritar como una desequilibrada y se filmaba en primer plano la desesperación trabajando el rostro del que recibió la pregunta. Las escenas luego se pasaban en un programa de humor, en el canal donde la mujer del celular presentaba las noticias. Nelson, que caminaba distraído, había manejado la situación de un modo bastante gracioso; en realidad primeramente se asustó, pero después pareció intuir algo y empezó a imitar los aspavientos de la señorita de una manera tan caricaturesca que la otra se puso a reír. Tuvo sus minutos de fama con ese episodio. Fue el ídolo del barrio durante un tiempo. Y de allí lo había reconocido la mujer del celular. Y con seguridad ella elaboró el papel con su fotografía e hizo distribuir las copias, organizó a las líneas de transporte para darle un castigo moral a Nelson.

Mala cosa esta de tener en contra a los medios de comunicación. El país está habitado de zombis que se nutren diariamente con los rayos catódicos del monitor de televisión. Y Nelson desespera. No podrá conseguir trabajo, piensa. En la calle le llaman cobarde. Una piedra rompe la ventana de su casa con el mensaje “Covarde de mierda, te vamos a matar”. El barrio, antes pacífico, se vuelve un sitio hostil para él. No

podía salir a la calle porque recibía todo linaje de insultos. Pedía el servicio de *delivery* para su almuerzo, el repartidor traía el sandwich de lomito y al reconocerlo, luego de haber entregado el pedido y cobrado, lo ofendía sin miramientos.

Entonces Nelson decide venderlo todo y marcharse a España, donde tiene familiares. Madrid o Barcelona, poco importaba ya. El objetivo era irse del país, abandonarlo todo y recomenzar. El otro continente le daría la bienvenida. Y así lo hizo. Nelson todo lo vendió, se compró un pasaje y voló a España. Quedaría allí por unos años, hasta que la poca memoria del pueblo paraguayo realizara su trabajo y pudiera hacer nuevamente *tabula rasa*.

Tras soportar las inacabables horas de un vuelo transoceánico, Nelson llegó al aeropuerto de Barajas un 31 de marzo. *Y le fue peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres.*

Dakar, julio de 2008.

TEJU'I

A Germán de Granda.

Cacho estaba al volante. Íbamos haciendo la procesión para cruzar ese interminable semáforo de España y Sacramento. Tocó moverse dos metros, y fue cuando festejábamos ese victorioso avance, que le vimos. En realidad, Cacho fue el que le vio primero, y eso que el tipo estaba hacia la vereda que tenía que ser mi dominio. En una construcción se movían varios albañiles ante la atenta mirada del maestro de obras. Uno de esos albañiles preparaba la mezcla y era, sin dudas, *Teju'i*. Hacía como siete años que no sabíamos nada del ñato. Esta es la historia de cómo, como un sarampión, entró y salió de nuestras vidas.

Por la época en que lo conocimos, Cacho y yo teníamos todavía un negocio propio y no teníamos que trabajar para un patrón. Habíamos montado una imprentita que nos dejaba muy buenas ganancias, especialmente gracias a los contactos que tenía Cacho con gente del MEC. A patadas teníamos pedidos. Jugábamos tenis puntualmente cada sábado al salir de la oficina. Solían unirse al juego Rulo y Roque, el diseñador gráfico y el impresor.

Como nuestra oficina estaba en Lambaré, nos íbamos a jugar a un sitio que nos quedaba muy cerca. El lugar tenía como siete canchas de polvo de ladrillo. Nunca supimos bien cómo se llamaba. En la entrada tenía su nombre en forma de arco, pero faltaban unas cuantas de las letras metálicas. Siempre tratábamos de ubicar letras imaginarias en esos lugares vacíos para intentar adivinar el nombre, pero nunca supimos bien cuál era. Le bautizamos como *Jatchinson Tennis Club* nomás.

El terreno donde se montó el complejo tenístico era bastante húmedo, demasiado bien se notaba que alguna vez fue un *ykua* o un pantanal, la humedad goleaba por allí y después de cada lluvia el terreno era pura agua y barro. Costaba conducir, teníamos que ir entrando despacio para atravesar cada lagunita que había. Algunos ex tenistas paraguayos que militaron en el profesionalismo jugaban allí. Les solíamos ver

en las canchas vecinas, dando clases a empresarios y políticos. “Llevando su fracaso a cuestras”, decía Cacho.

Para mí, lo del tenis era algo nuevo. Nunca antes había tocado una raqueta y ahora *katu* tenía un juego completo, con bolsón, tubos de pelota, vincha, etc. El tenis era novedad para mí, pero no para Cacho. Él conocía demasiado bien el tema y la historia de esos jugadores paraguayos también, porque se metió en el deporte desde muy chico.

—*Mirálena* un poco a ese pelado —me dijo una vez—. Ese pelado *ko* jugó la Copa Davis por Paraguay, tenía un saque potente y un perfecto revés a una mano, le faltó nomás confianza para llegar arriba. Se achicaba en los momentos claves el tarado.

Me acuerdo que me prometí *googlear* algunos de esos nombres, pero nunca le metí. Me bastaba verles cada sábado en el *Jatchinson Tennis Club*. El dueño del lugar era un oriental. Decíamos que era coreano, porque para el paraguayo todo aquel que tenga ojos estirados es coreano. Hablaba un español muy básico, mezclado a *full* con su idioma de origen. Seguramente cantonés. También podía ser japonés o mandarín, según Cacho.

Una vez me crucé con el dueño y, queriendo sobrar por lo buen alumno que fui en Geografía, le dije:

—Vos sos de Corea.

—Corea, no, no.

—Japón —continué sin amilanarme, y su cabeza se movió en negativa.

La lista continuó con China, Malasia, Vietnam, Tailandia y la cabeza seguía diciendo que no. A pesar de que agoté mis conocimientos de posibles países, no di con el que le había visto nacer.

—¿Entonces cuál? —le pregunté.

—Vo adivinar —fue su lúdica respuesta.

Cacho se evitaba problemas y le llamaba simplemente El Corea. Cada vez que nos veíamos por ahí yo le tiraba un nombre de país y Jatchinson invariablemente me respondía que no. Lo llamábamos Jatchinson a él y a su complejo tenístico, por una anécdota que se había dado en nuestra primera o segunda visita. Solamente nos fuimos Cacho y yo ese sábado, porque los otros dos dijeron que tenían que ir a ver un partido del Kure Luque.

Nos equipamos y estábamos a punto de pisar la cancha cuando escuchamos que El Corea decía:

—No, no.

Vino corriendo y, al señalar el *champion* de Cacho, dijo:

—No, no, no. Ese no bueno.

Y agregó unas palabras en un idioma desconocido para nosotros. Evidentemente se estaba quejando de que el calzado deportivo de Cacho no era bueno para jugar sobre el polvo de ladrillo, tenía unas estrías que dañarían la superficie de la cancha. Simulamos no entender de lo que hablaba, aplicando la popular ley del *ñembotavy*. Y El Corea continuaba explicándonos, haciendo gestos, señalando el *champion* de Cacho, después la cancha, diciendo no y agrupando sílabas que no cazábamos ni de rebote.

Como seguíamos sin entender y amagamos dirigimos nomás hacia la cancha, El Corea se puso aparentemente nervioso y gritó de golpe:

—No, no. ¡Jaaaaaatchiinson!

Para tratar de bajarle un cambio a la situación yo dije:

—¿Filipinas?

Y por primera vez El Corea no me contestó ni sí ni no. Estaba decidido a impedir que se estropeara la cancha. Como no hubo forma de convencerle, tuve que prestar uno de mis *champions* suplentes a Cacho. Yo calzaba una talla menos que él, pero se las arregló igual. Le gané un partido en tres sets y usó como excusa que el *champion* le pelaba todo su talón. A partir de ese día ya trajo un calzado reglamentario. Y a partir

de ese día también empezamos a llamar Jatchinson al Corea y a su local *Jatchinson Tennis Club*.

Fue durante uno de esos sábados tenísticos que el person apareció. Tendría sus 17 años por ahí en lo físico, pero en lo mental no pasaba de siete. Le decían *Teju'i Rolón*. Era delgado y alto como una planta de *takuára*, y además de retardado era mudo. Se puso a mirarnos un día en que jugábamos un partido de dobles y le gritamos que nos alcanzara una pelota que flotó fuera de las líneas. A toda velocidad nos pasó la pelotita y a partir de ahí fue nuestro *ballboy*, nuestro pasa-pelotas personal. Aprendió rápidamente el oficio, fue una bendición.

También jugando al tenis éramos muy malos, prácticamente todos los puntos que ganábamos eran por errores no forzados del rival, casi ninguno por mérito propio. Y pasábamos buen tiempo yendo a recuperar las pelotas que nuestros reveses enrevesados y *drives enkilombados* tiraban fuera de la cancha. Con *Teju'i Rolón* todo marchó de la pesada. Le pagábamos bien por su servicio. Después del juego nos poníamos a chupar cerveza para aumentar diez veces el peso que habíamos sudado en la cancha.

Un sábado, mientras tomábamos un descanso, *Teju'i* empuñó la raqueta, tenía buena musculatura a pesar de su flacura. Agarró la raqueta y empezó a pegarle de seguido a las pelotas. Esta historia no tiene

un final feliz tipo Hollywood, legalmente no vamos a decir que cinco años después de ese primer contacto con la raqueta *Teju'i* Rolón ganó Roland Garros, la Copa Masters sin ceder un set y que estuvo más de 100 semanas como número uno del mundo.

No, ni ahí luego. Legalmente era malísimo el ñato, no controlaba la fuerza de sus golpes y tiró al yuyal de atrás varias pelotitas, pero las fue a recuperar con una velocidad endiablada. Por eso lo de *Teju'i*, lagartijita, por su flaqueza y velocidad. *Teju'i* se reunía con nosotros después de los partidos, no tomaba cerveza, sólo aceptaba una Coca. No sabíamos de dónde salió pero con seguridad era del barrio, de por ahí nomás.

Se dieron abundantes días de lluvia por aquella época. Jatchinson estaba preocupado porque veía hundirse su inversión con cada lluvia que caía, derivaciones del fenómeno El Niño. ¿Para qué pio luego puso la cancha en un lugar así? El último día en que le vimos a *Teju'i* Rolón, estábamos otra vez jugando un partido de dobles. De repente nomás apareció el ñato corriendo fuertísimo por la cancha como un caballo, después se tropezó y se cayó bocabajo cerca de la red. La cara se le llenó de polvo de ladrillo, sus ojos parecían que iban a saltar de un momento a otro y estaba más blanco que un papel tamaño oficio. Señaló hacia el baño, gesticulando como un epiléptico,

en su cara se veía el miedo. Se levantó y salió de la cancha a toda velocidad, y no lo volvimos a ver hasta hoy.

Cacho y yo nos fuimos al baño a todo trapo para ver el motivo de su susto. Encontramos una mancha de humedad en una de las paredes, se notaba una cara diabólica claramente distinguible, así como el demonio que se veía en el humo ese que salía de una de las torres del *World Trade Center*. En la mancha del baño de Jatchinson se podía notar fácilmente la ceja arqueada (una sola), se veían los cuernos largos aunque no simétricos, los ojos rabiosos, la dentadura incompleta pero que igual daba miedo. La imagen podía ser sin dramas la portada de algún álbum de *thrash metal*. Ese demonio dibujado por la humedad le asustó demasiado grande a nuestro pasa-pelotas.

Desde esa vez jamás volvió a aparecer *Teju'i*, fue una verdadera ruptura de bolas el tener que volver a buscar nosotros mismos las pelotitas. Pero ya tirábamos mal cada vez menos, quizá nuestro tenis iba mejorando a fuerza de golpes o era pura chiripa nomás.

Al fin nos llegó el turno y pudimos cruzar el semáforo en verde. Vi alejarse a la imagen de *Teju'i* en el espejo retrovisor. La verdad que estaba cambiado el person, seguramente los otros albañiles ahora le llamaban *Teju Guasu*, o como mínimo *Teju Asaje*.

CUANDO UN HIJO EN UN ARREBATO

Para Pablo Muñoz, mi mejor amigo.

Una vez recorrido el largo pasillo de la casa, Luciano ha entrado a su habitación. Ha oprimido el interruptor y, apenas cerrado el circuito eléctrico, los fotones se han dispersado sobre el recinto devolviendo a las cosas sus colores primigenios. Desde la puerta del ropero, el póster de la actriz inglesa, niña casi, le devuelve la mirada: el mar en dos esferas diminutas; se queda un momento contemplando la marmórea arquitectura del rostro de la lolita, la dueña de una belleza capaz de hablar a todos los hombres de cualquier lengua y geografía.

El desorden enseñoorea la habitación. “La entropía de un sistema aislado tiende a aumentar con el tiempo”. Ajá. “O a mantenerse constante”. Sí, también. Luciano observa a las hormigas que se llevan, desmontados, los restos de la pizza de la última noche. Ejército encolumnado de puntos y comas. Insectos: su presencia le es incómoda, incomoda. Los va matando, los aplasta. No hay triunfo para las hormigas, el calzado deportivo estraga los pequeños cuerpos. A pesar de lo elevado de su número no hay para ellas victoria posible, ni pírrica siquiera.

Hay tres o cuatro hormigas que son visiblemente más grandes en el grupo. Luciano no las pisa, recuerda que su hermana le decía que esas eran hormigas capturadas durante las batallas con otras colonias, hormigas hechas esclavas sin esperanza de Lincolns, una servidumbre eternizada, eso decía el documental de *Discovery Channel*, aseguraba ella. La hormiga ha nacido libre pero en todas partes está encadenada. La fuerza hizo esclavas a las primeras hormigas, su cobardía las ha perpetuado. Luciano ha decidido no aplastarlas, pero toma la caja de pizza, chorreada de hormigas y de queso, y la deposita en el basurero. No las mata, pero no las libera del yugo tampoco; tan poco es lo que puede hacer el hombre para interferir en el libre fluir del cosmos. No habrá Espartaco para esas hormigas grandulonas. Hoy no.

Es viernes. Afuera, la noche se llena de ojos y de luz artificial. El imperio del neón, de los fluorescentes y el insecto de Edison. El ruido de los autos, la música disparada de los altavoces. Ondas lumínicas y sonoras copulando en el aire de la capital paraguaya. Luz y sonido. La liebre y la tortuga. La noche asuncena como una fábula griega o una aporía eleática. Aquiles alcanzando a la tortuga y propinando, con rabia helenica, un puntapié al caparazón del competidor.

Es felicidad lo que se ve en el rostro de Luciano. Hay una malignidad exultante en esa sonrisa que porta. Hay descargo, hay fuerza, hay una especie de nueva savia moviéndose por sus conductos interiores. Ha hecho algo vivificante. ¿Es preciso mencionar qué le ha hecho tan bien? ¿También deberíamos compartir su alegría? El lector, juez imparcial, analizará los acontecimientos, sopesará las pruebas y dará dictamen.

La mano izquierda del padre atajaba fuertemente el cuello de la camisa, mientras su derecha hacía un movimiento de limpiaparabrisas sobre el rostro de Jorge, hermano mayor de Luciano. El eco de las bofetadas se evapora al instante. Castigo paterno. Voz furibunda. Rabia. Súplica de mujeres. Odio en el benjamín. Impotencia en casi todos. Vanos ruegos de la madre. ¿El motivo? Alguno trivial, sin excesiva importancia para los fines del relato. No hace falta una

razón demasiado severa para desatar la inflamable furia paterna. Los recuerdos de castigos similares recibidos en la niñez aparecen como fantasmas percutidos por el tiempo. El chasquido de un arreador viborea momentáneamente en las memorias. La atmósfera: una losa de cemento. Pasan los minutos. Los ánimos se calman, cada uno ocupa otra vez su lugar en la mesa, pero ese alimento nocturno será de difícil digestión. Alguien ya intuye la tira de *Alka-Seltzer*.

Se dio esa escena en la cena de hace dos noches, en la casa familiar. Sentados a la mesa estaban el padre, la madre y los hijos: Jorge, Verónica y Luciano, en ese orden. A Luciano sus veinte años lo ubicaban como el menor de los vástagos. Mala cosa el carácter del padre. Dictatorial el hombre. La infancia de sus hijos cruzada por las correcciones violentas, por las marcas que deja en la piel el cinto de cuero, cuando no la hebilla abominable. Jorge, el mayor, temeroso, siempre bajo la férula del padre, todavía inclinando la cerviz como un buey que se resigna a su destino.

—Sí, papá.

Sólo el matrimonio había significado para Jorge una tardía emancipación. Su casamiento le había dado el pase para abandonar el hogar con el fin de formar el suyo. Al ser mujer, la independencia tenía para Verónica un costo mucho más elevado. Pero Luciano

mostró desde temprano un espíritu combativo. Las amonestaciones del padre siempre encontraban eco en él. Callate nomás Luciano, por favor. No mamá, no hay que callarse ante este loco. Y entonces una furia de cuero se desataba sobre la epidermis y los ojos se llenaban de ira. Con el tiempo, Luciano también abandonó el hogar, sin matrimonio de por medio; dieciséis años tenía cuando fue a vivir con una de sus tías maternas. La situación se había vuelto insostenible. Banderas marciales. Escudos sacudidos por espadas. Clima bélico.

“Se quedó atascado en su tiempo. No entiende que crecimos. No se da cuenta de que ya no tenemos ocho años. Jorge está casado y Verónica no está lejos del anillo. Él continúa tratándonos como niños, sigue queriendo imponer su voluntad a la fuerza”.

El tiempo había transcurrido, con su ritmo acostumbrado. La familia completa recién volvió a reunirse en la cena donde el padre golpeó a Jorge. Fue allí donde Luciano sintió renacer su furia. Pero era imposible reaccionar físicamente contra el padre. Es tan corpulento, son tan grandes sus brazos, hay todavía tanta vitalidad en su cuerpo quincuagenario. Bondades de la práctica sostenida del boxeo. Ellos, sin embargo, salieron tan débiles; Jorge y él, tan alambre eran sus extremidades, tan alfiles ante las torres del atrabiliario padre.

Fue al abandonar aquella cena familiar que un Luciano habitado por el arrebatamiento tuvo una idea meridiana. Se le reveló así nada más, de repente, sin los preámbulos sonoros de un *deus ex machina*. Hizo unas llamadas. Para eso uno tenía amigos. Siempre se debería poder contar con ellos. Muchos “ajá, ya entiendo, no hay problema” del otro lado de la línea. Gratitud de este lado del teléfono. El plan se ejecutó punttilosamente.

Uno de sus compinches acaba de enterar a Luciano del resultado y por eso lo embarga la felicidad. Sin molicie en su malicia, pidió a sus amigos que, enmascarados, emboscaran al padre y le llovieran a golpes. Así lo hicieron. Nunca apreciaron al viejo. Por los amigos, todo.

—Esto es para que trates mejor a tus hijos, gusano.

Luciano se vio de repente como el líder de una organización mafiosa. Se sintió poderoso. No mató a su padre, fue un Edipo a escala nomás. Dejó un Layo maltratado pero no muerto. Malhaya, Layo, la hora en que decidiste portarte así con tus hijos. Las palabras de su kafkiana *Carta al padre* fueron puñetazos. Las oraciones de su misiva fueron patadas encadenadas con codazos. El de Luciano era un espíritu muy decidido. Distinto al de su hermano mayor. Otra madera.

“Fui yo, viejo déspota. Yo te mandé ese merecido castigo. Nunca vuelvas a tocar a ninguno de tus hijos, porque te va a ir peor”, ensaya Luciano, dando vueltas en su habitación, sorteando latas de gaseosa y revistas de diversa índole. Repite las frases mentalmente. Modifica sus oraciones. Cambia la estructura. Otra sintaxis. Evitar el hipérbaton. El adjetivo si no da vida, mata. Mejor huir de la opacidad del signo en la función poética del lenguaje. “Al grano, gallo”.

En su desesperada alegría, bruscamente decidido, Luciano levanta el tubo inalámbrico y digita el número de la casa familiar.

DE LARGA DISTANCIA

Hace un mes, Tadeo me contó que recibió una amenaza de bomba. Lo habían llamado por teléfono:

—Cuídese, hay una bomba en su casa.

A continuación colgaron con una parsimoniosa descortesía. Tadeo salió, enloquecido, de su departamento. Bajó aprisa las escaleras y estuvo un par de horas aguardando la explosión del edificio desde una distancia prudencial. Pero nada pasó. Él ya imaginaba que vería las fotos de las ruinas edilicias en el diario del día siguiente, y los nombres de sus vecinos en la lista de fallecidos, esos vecinos a quienes por su egoísmo proverbial no había avisado de la catástrofe que se abatiría sobre ellos.

—Sabés que lo de las amenazas es algo normal en Paraguay —le dije, tranquilizador.

Era, efectivamente, una suerte de “broma” cíclica. Cada cierto tiempo alguien volvía a llamar a algún lugar mencionando explosiones y/o explosivos —y encendía la mecha que se multiplicaba en imitadores— y varios edificios eran abandonados y personal antibombas entraba a revisarlos para encontrar nada. Los funcionarios de las empresas y alumnos de las instituciones afectadas mostraban su alegría por no tener que trabajar, estudiar.

El hecho extrañaba a Tadeo, era normal que se recibieran ese tipo de llamadas en oficinas públicas, en colegios, empresas. Pero en un departamento particular como el suyo no era lo habitual. Más aún considerando que vivía en el quinto piso de un edificio. Y solamente él había recibido el indeseable llamado. Si había realmente una bomba, lo normal hubiera sido alertar a todo el edificio, hacer la llamada al conserje o a la administración. Consultó con varios vecinos y nadie más que él había recibido el mal augurio telefónico.

El día posterior al de la primera llamada se repitió la escena. Tadeo atendió el teléfono y le dijeron lo mismo que antes.

—Pero dejate de romper las pelotas, idiota.

Cuando sonó el insulto de Tadeo, el otro, el ave de mal agüero, ya había cortado.

La situación empezaba a trabajarlo, se lo veía mentalmente demolido. Hubiera querido desconectar el teléfono pero por cuestiones laborales, esa no era una opción. Le dije que debería modernizarse y comprar un aparato telefónico con una pantallita donde pudiera ver el número de quien lo estaba marcando, para poder seguir la pista al autor de los llamados o simplemente ignorarlo. Movi6 la cabeza en una afirmaci6n silenciosa y dubitante.

Y as6, a cualquier hora del d6a, Tadeo recib6 el inc6modo llamado. La voz que brotaba del tubo era inexpresiva y repet6a siempre lo mismo antes de cortar:

—Cu6dese, hay una bomba en su casa.

Reci6n record6 que el cuerpo es la casa del alma. Tadeo muri6 y ahora estoy volviendo de su entierro. Ayer, por la ma6ana, le explot6 el coraz6n. A lo mejor el que lo llamaba era su card6logo.

BOOKCROSSERS

Esta historia es, esencialmente, sencilla. Tenemos a Bernardo y su grupo de amigos, luqueños todos. Uno de ellos pasa una corta temporada en Londres y regresa con el morral lleno de deslumbramiento por la infraestructura y la magia de una ciudad hermosa y antigua, por la frialdad de una gente de otra madera y un cielo eternamente ensabanado de nubes. Trae además una idea interesante que prontamente comparte con sus compinches, les cuenta del *bookcrossing*, de la comunidad de los libros viajeros. La semilla germina al instante en la mente del grupo. Quieren jugar a la aldea global.

—La verdad que no entendí nada, demasiado rápido hablaste.

—Si dejás de mensajear seguro que vas a entender, parece que estamos cinco acá y no cuatro.

—Bueno, tranquilos nomás. Juan, no hay problema, va otra vez. La cosa es así. Vos agarrás de tu biblioteca un libro que querés liberar. Entrás a la página *web* www.bookcrossing.com, lo registrás y recibís un BCID, un book...

—¿Qué es el BCID?

—Sí, Bernardo, iba a explicar eso justamente. BCID es *bookcrossing* ID, el número identificador único de *bookcrossing*.

—¿Para qué es?

—Para individualizarlo, cada libro liberado tiene un BCID propio, es como su huella dactilar.

—¿Es igual que el ISBN?

—Ya dijo que no es lo mismo, es más preciso que el ISBN.

—Exacto, Alcides. El ISBN es un número que identifica a una edición completa de una obra.

—Pero el BCID es como la cédula de cada libro físico, individual.

—Eso, eso. Una vez que registraste el libro le ponés una calcomanía donde se vea el número BCID y diga que es un libro viajero.

—¿Y después qué se hace?

—Después dejás tirado nomás por ahí para que alguien encuentre.

—Pero cualquiera puede llevar entonces...

—Sí, la idea es esa justamente. Que vos pongas en la web que en tal fecha, a tal hora y en tal lugar vas a liberar tal libro, y que la gente vaya a buscarlo.

—Ah, ya. Entonces el que encuentra tiene que leer y después escribir en la página web que encontró el libro y también qué le pareció. Pasa de mano en mano.

—Exacto, Bernardo, es eso mismo. Leer el libro, escribir sobre él en el sitio de *bookcrossing* y luego soltarlo en otro lugar. Las tres erres del *bookcrossing*: *read, register, release*.

—En castellano, Shakespeare.

—Sí, sí, *sorry*, jajaja. Leer, registrar, liberar. Leer el libro encontrado, registrar en la página diciendo dónde lo encontraste y qué tal es y luego soltarlo para que siga la cadena, su itinerante destino de libro viajero.

—¿Y cómo se llaman los que hacen eso?

—*Bookcrossers*, beceros o libera-libros. Imagínense lo que es recibir un *e-mail* de la página informando que alguien hizo un comentario reciente sobre un libro que largaste hace cinco o diez años.

—Tenemos que meternos, va a ser muy divertido.

Leen en la *web* y despejan todas sus dudas acerca del funcionamiento de los libros viajeros. Cada uno de ellos se agrega al sitio. El siguiente paso es registrar libros y liberarlos. El procedimiento es sencillo. Registrar un libro, informar de su liberación, aguardar a que alguien lo recoja y haga un comentario en el sitio *web*. Cada vez que el libro liberado reciba un comentario el *bookcrosser* será notificado por correo electrónico. Las respectivas bibliotecas de la familia pierden algunos ejemplares al ser liberados éstos en la jungla urbana. Hacen un pacto por el cual ninguno puede buscar los libros liberados por miembros del grupo.

Navegan la página de *bookcrossing* y notan con sorpresa y alegría que hay otros paraguayos registrados. Son pocos, pero son. Dos hombres de Ciudad del Este, un chico de Asunción y una muchacha, también de Asunción. El *nick* de la mujer es Melody y tiene veinte años, según la ficha de la página. Todos ellos cuentan con dos o tres liberaciones en su historial. Bernardo sugiere que se arme una reunión en Asunción para conocer a los otros *bookcrossers*. La primera fiesta de libera-libros paraguayos. Vía correo electrónico contacta con los otros. La fiesta será en dos semanas. Uno de los

hombres de Ciudad del Este afirma haber abandonado la actividad y alega cuestiones de tiempo para no asistir. Los otros tres confirman presencia. La primera fiesta de libera-libros del país se hará en un café que lleva el nombre de un genio del Renacimiento.

—¿Qué tal te fue con el libro que soltaste, Alcides?

—¡Súper! Ayer me fui a ver y ya no estaba. Puse bien al fondo del agujero del árbol y hasta camuflé con una bolsa de basura. Y ya no está. ¡Estoy chocho!

—Sí, el mío también desapareció, apenas al día siguiente de haberlo liberado.

—¿Donde dejaste vos?

—Al pie de la estatua del Mariscal López, en la plaza.

—¿Y ya hubo algún comentario en la página web?

—No, todavía nadie escribió. Pero seguro que el que agarró está leyendo recién y por eso nomás no escribe nada.

—Sí, yo también creo que eso pasa con el libro que solté. Somos muy ansiosos.

—Es que todavía es muy nuevo para nosotros.

—Y sí.

Mandan imprimir camisetas con el logo de los libros viajeros. Imprimen las etiquetas para colocarlas a los libros que liberan (que son cada vez más). Llega el día de la primera fiesta de libera-libros del Paraguay. Se encuentran en el café a la hora indicada. Al principio cuesta quebrar el hielo. Están los luqueños, un hombre de CDE, el asunceno y la chica que es también de Asunción. Ninguno supera los 25 años. La más joven, Melody, la muchacha. A nadie se le escapa que su belleza es verdaderamente singular. Flaquita, rasgos sesgadamente orientales, pelo negro y liso más unos hoyuelos que podían perforar cualquier conato de resistencia masculina; hija de padre paraguayo y madre de Singapur, una remota isla que alguna vez fue de Malasia.

Hablan, cada uno cuenta acerca de sus primeros encuentros con la lectura y de sus inicios como libera-libros. Melody confiesa su irrenunciable amor por la literatura mexicana. Bernardo interviene, animoso y visiblemente entusiasmado con la asuncena. Menciona al “sobrevaloradísimo Tablada” y al “infravalorado Juanjo Arreola”. Nadie habla de Paz. El de Ciudad del Este recuerda en elogiosos términos a Poniatowska, y durante toda la noche se refiere a la escritora como La Princesa.

Deciden estrechar más los lazos entre ellos y ver el modo de dar a conocer el *bookcrossing* para hacerlo popular a nivel país. Concuerdan en que un libro puede llegar a lugares donde el libera-libros jamás viajará; insisten en que el *bookcrosser* puede morir y que su libro podrá seguir recorriendo el planeta en una suerte de inmortalidad alcanzada a través de un objeto que fue de uno. Alguien dice que un libro hermoso es una victoria ganada en todos los campos de batalla del pensamiento humano. Le retrucan que esa frase es de un francés. Hay risas. Se habla de intertextualidad y se pide otra ronda de cerveza. Terminan la reunión y son todos amigos y *bookcrossers* y se brinda por los libros viajeros. Un corazón más late ahora por Melody.

—¿Y bien? ¿Alguien ya recibió algún comentario?

—Yo, no.

—Ni yo.

—No, nadie. Pero los libros desaparecieron.

—Y ya hace más de una semana.

—Sí, algo no anda bien. Definitivamente.

—Yo mañana voy a liberar otro, y me voy a quedar escondido para ver quién recoge el libro.

—Esa es una buena idea. Todos tenemos que hacer lo mismo.

—Cierto, vamos a meterle.

—Le voy a preguntar a Melody si ella también enfrentó problemas como éste.

—Ay sí, claro, Bernardo. Melody, Melody, Melody.

—Buena esa, Romeo.

—Jajaja, no pasa nada.

Saben que Bernardo está ya muy enamorado de Melody. Ignoran que le envía mensajes de texto y de correo electrónico donde, entre líneas, le da a entender sus sentimientos, pero al parecer el mensaje amoroso va demasiado entre líneas o Melody se hace nada más la desentendida.

Publican, separadamente, en la *web* de *bookcrossing* nuevas liberaciones de libros en Luque. Esperan ocultos y pueden observar al que retira los ejemplares. Ven que es un sujeto obeso y uno de ellos hasta obtiene una foto con el celular. Entienden que el sujeto lee en la *web* los lugares donde harán las liberaciones y que recoge los libros para nunca comentar.

—Su biblioteca tiene ya, por lo menos, quince libros nuestros.

—Y no comentó uno solo el gordo.

—Yo encontré varios de los ejemplares liberados en la Librería Balzac, el gordo los vende como libros usados.

—¡No puede ser!

—Eso, legalmente, es demasiado ya.

—Cierto, tenemos que tomar cartas en el asunto.

—¿Cómo?

—¿Le pegamos?

—No. No. No. Pero podemos rayar todo su auto.

—No sabemos dónde vive ni si tiene auto.

—Entonces podemos liberar un libro y dejar una víbora en el lugar.

—Pero la víbora puede irse nomás.

—Y no tenemos una víbora.

—¿Y si le metemos electricidad?

—¿A la víbora? No, pobrecita. No tiene la culpa de la mala onda del tipo.

—A la víbora no, al libro.

—¡Que no tenemos una víbora!

—¡Claro, Juan! Que el libro liberado le dé una descarga eléctrica, un buen sacudón.

—¡Eso! Una buena patada eléctrica, para que escarmiente y deje de arruinarnos el negocio.

—Podemos pedir a Maxwell que diseñe la onda, para que cuando el gordo agarre el libro reciba un saludo eléctrico. ¿Quién quiere liberar?

—¡Yo lo voy a liberar! Y nos ocultamos para filmar a ese payaso.

—Dale, Bernardo. Elegí nomás ya el libro. Yo voy a hablar con Maxwell.

—Vamos a filmar y digitalizar para subir después a *Youtube* el video de cuando el gordo recibe el golpe eléctrico.

—¡Es un súper plan! ¡Vamos a disfrutar esto!

Le dicen Mawxell, no por sus conocimientos de electromagnetismo sino por su manera de caminar que es demasiado similar a la de un futbolista brasileño de ese nombre. Maxwell, que estudia electrónica en el IPT, diseñó rápidamente el ingenio que se colocaría en la contratapa del libro a ser liberado. Al entrar en contacto con la mano, el aparato soltaría un buen voltaje para provocar un *shock* nervioso al obeso; era como persuadir al bebé a que dejara la leche materna colocando aloe por los pezones de la madre.

Preparan convenientemente la escena. En la web, Bernardo anuncia la liberación de la novela *El Testigo*,

de Juan Villoro. Avisa que la soltará al pie de un banco ubicado frente a la parada de ómnibus de la Línea 30. Llegado el día, se parapetan en el barcito de la esquina, que está a unos cuarenta metros del libro ya colocado. Miran desde lejos; la potencia de sus binoculares y la capacidad de aumento de sus diminutas cámaras filmadoras trituran la distancia.

Disfrutan unas empanadas mientras aguardan la aparición del invitado. Llega la hora indicada en la *web*. Ven que un automóvil se detiene frente a la parada de ómnibus. Alguien baja del auto y va directamente hacia el lugar donde se encuentra el libro. Se asustan y gritan porque la que baja es Melody. Bernardo corre y grita más que todos pero ella no puede escucharlo porque hay audífonos llenando sus oídos. Bernardo grita todavía más fuerte que no toque el libro porque “está eléctrico” (*sic*). Finalmente llega junto a ella, pero es tarde. La descarga ya la ha arrojado al suelo y Melody ahora no es más que un atado de nervios palpitando en la vereda. Llegan también los otros al lugar donde Bernardo está arrodillado y tomando las temblorosas manos de la muchacha.

Ven que en la esquina asoma, sudoroso y a todo vapor, el sujeto que siempre colecta sus libros. Ven que verifica la hora en su reloj y luego observa el lugar donde están ellos, notan su fastidio por haber llegado

tarde. Miran su lenta retirada. Entre tanto, Bernardo se lamenta por haber liberado justamente un libro de literatura mexicana sabiendo que Melody era adicta a ella. Se recrimina el que se le haya ocurrido justamente un libro de autor mexicano y cada uno, separadamente y en silencio, se pregunta si no fue algo inconscientemente premeditado.

LA CHIRIPA

Ramírez es joyero y está de zozobra. La congoja lo tiene de blanco por estos días. Un juguete del desasosiego. Ramírez siente que el tiempo se alarga, es consciente del paso de cada minuto que estira su sufrir como una máquina de tortura de la Edad Media. Ramírez. Hay siempre una semana al año en la que la espesura del pasado se instala en su presente, una semana en la que tiembla como un poseso y orbitan su cabeza el temor y el terror. Compra todos los diarios. Y, atropelladamente, los lee. Recela encontrar una información menos vaga que las de los años anteriores. Tiene miedo de hallar una noticia con más datos que las nubes acostumbradas, una noticia donde las certidumbres superen a las conjeturas e imprecisiones.

Ramírez teme que hablen de él, que hagan demasiado ruido con su nombre, que algún periodista investigue más a fondo y encuentre documentos o testigos que prueben el hecho de manera incontestable. Teme un reclamo centroamericano.

Ramírez, hombre entrado en años, de miserable pasado, presente venturoso y cuatro niños que lo llaman padre. Lo vemos caminar en dirección a su casa, con el brazo derecho aprisiona los periódicos comprados en el kiosco. Cada paso que da incrementa su pesar. Siente el arrepentimiento por haberse ufano en la ronda de amigos cuando recibió el pedido aquel:

—Si el mismísimo Presidente de la República recomienda mi trabajo a otros poderosos quiere decir que soy el mejor joyero de Luque, o sea del Paraguay.

No lo podía evitar, era propaganda para su joyería y para él mismo. Los amigos y colegas supieron que había recibido de aquel militar extranjero una buena cantidad de oro para ser trabajado, ese pez gordo que nadaba muy lejos de su estanque originario le había encomendado su precioso metal.

* * *

La caravana transita la Avenida España. Todo es normalidad. Hileras de autos circulando por ambos

carriles. Bocinazos esporádicos, el endemoniado aroma de los caños de escape. Vemos a un lujoso Mercedes Benz blanco en el cual viaja el general extranjero y detrás, infaltable, el automóvil con los custodios. No es cuestión de descuidar la seguridad. Hay que ser precavidos porque el rencor es el motor de innumerables acciones. Aunque en el Paraguay de Stroessner la seguridad está garantizada, todo está controlado. El Gran Hermano todo lo ve, nada se le escapa. Hay espías de peludos pies esparcidos estratégicamente para cubrir por completo el territorio patrio.

Mientras tanto, sobre la misma Avenida España, en la casa de Julio Iglesias todo está también preparado. En la mente de Enrique está contemplado cada detalle. También todo está bajo control. Los planes para ejecutar la misión están desarrollándose de manera magnífica. En la casa alquilada falsamente a nombre del cantante español siguen practicando, repasando el plan hasta en sus detalles más insustanciales. Qué pasa si... Hacemos esto. ¿Y si pasara esto? Procedemos así. Enrique reitera a su gente que el momento se acerca, les reafirma que la misión es un ajedrez donde se apuesta la vida y que por ello ni un solo cabo puede quedar al arbitrio del azar.

En el asiento trasero de la limusina Mercedes Benz, el general foráneo conversa con su acompañante. Las

propuestas de nuevos negocios amarran su atención. Hay proyectos de bienes raíces, de pozos petrolíferos y minas de diamantes. El interior del automóvil es un hervidero de ideas. Se habla de empresas, de acciones. Se mencionan millones de dólares y operaciones bursátiles, se habla de fondos de capital de riesgo, de retornos de inversión, de exenciones impositivas. Se citan paraísos fiscales y nombres de bancos de pronunciación complicada. Dentro del vehículo todo es número, como para Pitágoras. La caravana sigue su avance sobre el pavimento asunceno.

* * *

Ramírez tiene un acabado dominio del oficio de manipular el oro. Sus manos conocen cómo derretirlo y darle forma. Lo saben fundir para hacerlo renacer de sus cenizas, colocando las moléculas en otra posición. Ramírez está orgulloso de su oficio. Unas semanas atrás había venido ese militar extranjero a solicitar su arte, recomendado por el propio Stroessner, el dictador que asfixiaba al país ya por más de un cuarto de siglo. Ramírez no podía fallar. Fueron días de intensa dedicación y escaso sueño. Pero habían valido la pena. Sus ojos contemplaban ahora el trabajo concluido. Los lingotes de oro eran ya parte del pasado. Ahora, reagrupadas, sus moléculas formaban un grande y precioso collar y dos pulseras de alta

majestad. Genuino arte luqueño. El oro que en este momento siente la textura de la mano de Ramírez, pronto conocerá la de la mano militar, la mano que ha empuñado el sable, la del saludo marcial, la mano que ordenaba.

Ramírez está en la ciudad de Luque, contempla su trabajo con orgullo y completamente ajeno al conocimiento de que en Asunción, a pocos kilómetros de allí, está por suceder algo que marcará para siempre su destino. La caravana del general será interceptada. El grupo B se encontrará con el grupo A. Encontronazo. Ramírez ignora que ese día le deparará una alegría casi nicaragüense.

* * *

Pasados varios minutos de las diez de la mañana del 17 de setiembre de 1980 la Operación Reptil, que tenía a Asunción como escenario de operaciones, alcanza su epicentro.

—¡Blanco, blanco! —brama el *walkie-talkie*.

De súbito, una camioneta se cruza transversalmente sobre la Avenida España y hace que se detenga la caravana del general extranjero. La bazuca señala al automóvil, pero el cohete queda atragantado en el tubo. Enrique contempla la mudéz de la bazuca y entra en acción, inmediatamente rocía al vehículo con su

verborrágico fusil de asalto M-16. Se porta bien el arma, tartamudea su fuego con precisión hasta vaciar el cargador. Treinta disparos telegrafían agujeros por doquier con su Morse mortal. De súbito, la Avenida España es un estruendo que rompe la mañana. La atrabiliaria bazuca RPG-2 pide revancha y escupe su ígnea rabia, levanta metales, despelleja, descapota, quebranta huesos, quema la piel, desfigura y esparce las vísceras civiles y militares hacia todas las direcciones como la propiedad isotrópica de la luz. El líder, Enrique, escapa con los suyos después de aureolar de éxito la misión. El motor de la limusina Mercedes Benz no se ha enterado de nada: sigue latiendo.

* * *

Ramírez llega, al fin, a su casa con la multitud de diarios de la fecha. Su zozobra sigue, y seguirá aún por unos días. Ramírez sabe que pocos le creyeron cuando contó que habían venido a retirar el pedido la noche antes. Casi nadie le creyó y menos aún cuando con el correr de los años su casa fue creciendo hacia arriba y su joyería se convirtió en la mejor de la ciudad.

Ramírez continúa en zozobra. Teme ver aparecer su nombre en los diarios. El rumor puede ser perjudicial para todo lo que ha logrado. Sabe que deberá aprender a vivir con ello durante el resto de su

vida, irá pagando en cuotas anuales el áureo presente del destino, su mágica chiripa. Sufrirá y sobrellevará esa semana con paciencia, porque tampoco ignora que dentro de unos días los periódicos se olvidarán nuevamente del tema y las cosas volverán a la normalidad hasta el próximo año.

En segundos más, Ramírez ocupará el sofá y hojeará los diarios. Y verá allí las mismas fotos de cada año: el Mercedes Benz descapotado de un bazucazo, los cuerpos descoyuntados a balazos, la cara ensangrentada del general Anastasio Somoza Debayle, su involuntario benefactor, muerto por un comando revolucionario liderado por Enrique Gorriarán Merlo e incapaz por ello de retirar el trabajo solicitado a su taller de joyas.

Accra, agosto de 2009.

CINTURÓN COHETE

Odio los hospitales. Pero estoy yendo nuevamente a uno, voy a visitar a Eric. Hay algo altamente incompatible entre los hospitales y yo. Somos polos opuestos. Entro al edificio y veo unas pocas personas sentadas en las sillas, y un número mayor de ellas, paradas. Todas aguardando ser atendidas. Cada una esperando que su nombre sea el siguiente que pronuncie una enfermera que entreabre, con evidente desgano, una puerta de madera. Durante la espera pocos hablan y si lo hacen el volumen es bajo, casi susurros. Hay gente pensando en la enfermedad de los suyos o en la propia. Se ve la vida reflejada a duras penas en algunos ojos, unos ojos que muestran ese

aferrarse a la vida cuando la vida es lo único que resta. Y la espera. La infinita espera. Siempre la espera.

Subo hasta el cuarto piso a través de unas viejas escaleras, y entro a la habitación donde lo tienen. Nadie custodia la pieza. En la cama, Eric duerme y es una momia, está envuelto en yeso y conectado a algunos aparatos. Veo desparramadas en la mesita de luz algunas revistas de aviación. De las que siempre leía, revistas que traen historias del combate aéreo, los nuevos modelos de cazabombarderos, avances en la tecnología aeroespacial, entrevistas a pilotos y constructores. Evoqué la imagen de un jovencísimo Eric paladeando esas revistas de tapa gris-azulada. En la cabecera de su cama, una bandera de Cerro Porteño, su otra pasión.

El paciente está dormido y es mejor no despertarlo, señor. La enfermera es poco agraciada físicamente, pero una sonrisa final la redime por entero. Asiento con la cabeza, coloco el regalo que traje en la mesita de luz y, lentamente, abandono la pieza. Volveré otro día, digo antes de cerrar la puerta. Y es allí cuando decido dejar de jugar al fútbol con los amigos del barrio, repentinamente tomo esa determinación, pienso en mis huesos y ruego que el calcio sea suficiente, decido no volver a arriesgar el físico en los partidos carniceros de fin de semana. Al salir veo otra vez a las personas en la sala de espera, atravieso la

puerta y me siento feliz. Es egoísta pero es así, siento una burbujeante felicidad de que mi visita al hospital no sea como inquilino, siento alegría por estar vivo, por estar sano. Es la felicidad por contraste. La alegría por contexto.

Eric y yo fuimos compañeros en el Colegio Don Bosco del Km. 16, en Minga Guazú. Amigos, lo que se dice amigos, nunca lo fuimos. Compartíamos aula pero estábamos en grupos diferentes. Cosas así suelen suceder. Él tenía una beca de la Presidencia de la República, sus calificaciones eran muy buenas. Pero eso no parecía esforzarle ni importarle demasiado. Lo suyo era el vuelo. Desde que lo conocí lo tuve asociado con todo lo que guardara relación con el aire. Era un fanático del aire, hacía volar pandorgas, su cuaderno estaba repleto de dibujos a mano de aviones cazas MIG-29 y F-16, cuando no estaba la profesora tiraba aviones de papel en la clase, los clásicos aviones de papel pero con minúsculas innovaciones en su diseño para prolongar el tiempo de permanencia en el aire. En su grupo le decían Eric Pájaro, o simplemente Pájaro. Yo lo llamaba Eric, como para guardar distancia, nunca Pájaro. Para el trabajo final de Taller, en el primer año, Eric presentó un helicóptero hecho con palitos de helados *picolé*, unidos con pegamento. Le había agregado un pequeño motor, una gran hélice y el portapilas (construido también de palitos) estaba

colocado en la parte posterior. Era un diseño muy original.

Por más que éramos de grupos distintos, yo sabía muchas cosas de él. Sabía que su familia era de clase media-baja, que venía a ese colegio privado porque sus calificaciones escolares verdaderamente ameritaban la beca, sabía que su sueño era convertirse en piloto y que algo en sus genes lo predisponía a desafiar la gravedad. Terminado el colegio le perdí por completo el rastro. Yo terminé la Licenciatura en Letras en una universidad del Barrio Sajonia donde la sola asistencia era el camino al título, y la mediocridad en el cuerpo de profesores era el factor común con escasísimas excepciones. Mediocridad en metástasis, motivada en gran medida por el carácter prácticamente vitalicio de los cargos, obtenidos éstos usualmente por amistad o parentesco cuando no por favores sexuales sin camuflaje.

El sueño de Eric era convertirse en piloto, así que imaginé que al acabar la secundaria se había metido a la Academia Militar. Durante mucho tiempo no supe nada de él. En una reunión de ex compañeros de colegio alguien soltó que Eric andaba por España, había ido a trabajar como tantos otros. El efecto retardado de la conquista de América, según algunos retóricos incurables. Colón vuelto *kue*, según el Diario Popular. La noticia fue cobrando veracidad cuando en

lugar de su vieja casita la madre de Eric empezó a levantar una imponente mansión. Era notorio que llegaban los euros desde la madre patria. La mansión contrastaba terriblemente con las edificaciones vecinas.

Rendido por la nostalgia, Eric volvió a Minga Guazú. Regresó, luego de siete años de estancia en el Viejo Continente. Se expresaba ahora con un acento peninsular. Su habla estaba repleta de préstamos léxicos y calcos sintácticos. En medio de su discurso podía de repente introducir términos como mogollón, coño, chaval. Hablaba de tú pero en ocasiones conjugaba el verbo como en el voseo. El suyo era un boxeo lingüístico. Se había deslomado en Barcelona, había ejercido diversos oficios, desde la albañilería hasta el lavado de copas, pasando por la jardinería, el cuidado de ancianos y la gerencia de un local de comida rápida. Ahora venía con dinero ahorrado y traía una idea de negocio. De estas cosas me enteré por él mismo, directamente de la fuente, en una tarde que nos encontró, por casualidad, en el sector de Preferencias del estadio del Club 3 de Febrero, durante el entretiempo.

Eric había visto en Europa un cinturón cohete, lo vio y fue un caso de amor a primera vista. El equipo estaba compuesto de un traje especial, casco, anteojos y en la espalda se portaban los tanques de combustible. En la parte delantera dos botones permitían controlar

con las manos la operación. Con el cinturón cohete podía uno volar, elevarse hasta cincuenta metros y desplazarse en el aire durante un corto tiempo. Era algo que habíamos visto en *Minority Report* y en varios dibujos animados de nuestra infancia. De Europa, Eric se había traído uno de esos trajes movidos a peróxido de hidrógeno e hizo una demostración durante la celebración folclórica de junio.

No fue algo que se haya concertado con el colegio donde se celebraba la fiesta de San Juan, simplemente a la hora del palo encebado, mientras los *kambas* trepaban el *yvyra syi*, Eric salió de uno de los baños vestido como un hombre-rana, gritó “ignición”, presionó un botón, se elevó hasta la cima del palo y agarró los premios que aguardaban ser rescatados. Luego bajó y todos quedaron extrañados y en silencio. No faltó después la lluvia de aplausos pensando que era parte del show. A continuación, Eric tuvo un altercado con los *kambas*, quienes con gritos y aspavientos lo acusaban de tramposo. Lo rodearon, estaban a punto de golpearlo cuando Eric presionó otra vez el botón de su cinturón cohete y la nube de humo formada por la combustión hizo correr a los *kambas*. Yo no fui a ese San Juan, pero me lo contaron. Las noticias de esta naturaleza siempre vuelan.

Ese fue su bautismo de fuego. El traje volador de Eric fue la sensación de Minga Guazú. Las familias

más acaudaladas lo contrataban para que volara en los cumpleaños infantiles. La noticia se fue expandiendo a otras localidades. Todos recordamos todavía el reportaje que pasaron en el noticiero del Canal 9. Empezaron a llegar los pedidos de vuelo desde San Ignacio Guazú, Paraguarí, Coronel Oviedo, Santaní. Eric fue ganando mucho dinero con sus exhibiciones aéreas. Fue así que un día decidió contratar a Apepú, un verdadero experto en la jineteada. En todo lugar siempre hay una o dos personas que son diestras en colocar apodos. A Apepú le decían así porque su rostro estaba sembrado de diminutos cráteres y protuberancias, como una naranja agria. Apepú fue entrenado por Eric en el uso del cinturón cohete, demostró ser un buen alumno y aprendió, literalmente, al vuelo. Eric se convirtió en empresario. Recibía los pedidos, cobraba y era Apepú el que vestía el cinturón cohete para elevarse por los aires. Su idea era reunir suficiente dinero para comprar más trajes y alquilarlos a los enemigos de la gravedad (que a esa altura ya eran legión). El club de vuelo que pretendía fundar se llamaría, por supuesto, Pájaro.

El primer pedido verdaderamente grande que recibió Eric venía de la capital del país, del ámbito futbolístico. El Club Olimpia había ganado una vez más la Copa Libertadores y tenía un enfrentamiento en el torneo casero con Cerro Porteño, su eterno rival.

Pidieron a Eric que hiciera un vuelo por sobre el sector norte del Estadio Defensores del Chaco, donde se ubicaba la barrabrava cerrista, y que, luego de cruzar de largo el campo de juego, aterrizara entre la hinchada olimpista con una imitación de la copa recientemente obtenida. Era parte de la celebración pero era también puro delirio exhibicionista. Luego de dudar un rato, el trabajo fue aceptado. Esta vez era algo más allá de los colores, era trabajo y Eric cobraría una suma verdaderamente fuerte por su realización.

En las primeras horas de ese domingo, junto a su fiel escudero Apepú, Eric condujo su Toyota *Land Cruiser* hasta Asunción. Llegaron a la capital cuando rayaba el mediodía. El trabajo no entrañaba demasiada dificultad. Apepú partiría desde la calle asfaltada que está detrás del Sector Norte del estadio, volaría por sobre la hinchada cerrista, a una altura prudente para no ser alcanzado por alguna naranja o bolsa de orina, cruzaría por sobre el mediocampo y aterrizaría como un héroe en un sector claro que la hinchada olimpista -previamente amaestrada para ello- dejaría. El asunto estaba bien planificado.

La gente se preguntaba a qué se debía ese claro cuadrado que se trazaba en medio de la barrabrava de Olimpia. Con un aerosol fosforescente estaba señalado un cuadro que nadie debía pisar. Esa era la orden de la dirigencia, orden transmitida al resto de

la hinchada por el jefe. El inicio del partido estaba previsto para las tres de la tarde. A eso de las dos, Eric y Apepú abandonaron las inmediaciones del estadio y fueron a almorzar. Por los nuevos gustos de Eric lo que se imponía era comida española. Fueron a un restaurante internacional que quedaba sobre la Avenida Perú. Apepú saboreó por vez primera una paella de mariscos de magnitudes palaciegas. Su boca albergó por primera vez los frutos de mar, el camarón, las almejas. Todo ello mojado por una moderada cantidad de sangría. Al terminar, Eric pagó la cuenta y fueron a prepararse para el trabajo.

Volvieron al Barrio Sajonia, se instalaron en un bar ubicado detrás del Sector Norte del Estadio. Apepú tenía que hacer el trabajo al terminar el primer tiempo del superclásico. Eran recién las tres y veinticinco minutos. Todavía faltaban veinte minutos más el descuento, cuando Apepú empezó a ponerse amarillo y a mostrar síntomas de malestar estomacal. Mediterráneo y plebeyo, su estómago no estaba acostumbrado a los manjares marinos. Mediterráneo y aislado, el país tampoco podía tener mariscos demasiado frescos. A gran velocidad, Apepú fue al baño del bar y se vació los intestinos en el inodoro. Al regresar, seguía pálido y le dijo a Eric que era necesario suspender el vuelo porque no se encontraba en condiciones, se sentía pésimo.

Los ánimos estaban encendidos. El árbitro había pasado por alto un claro penal a favor de Cerro y con dos expulsados por bando no era necesario agregar mucho más para ilustrar lo que se estaba viviendo en el terreno de juego. Sólo restaban tres minutos para acabar la primera mitad, Apepú estaba definitivamente fuera de combate y Eric no paraba de cavilar. El juez del partido indicó dos minutos de tiempo extra. Y allí nomás Eric se decidió, tomó el traje y fue al baño del bar, se vistió, agarró la imitación de la Copa Libertadores y se dispuso a tomar vuelo. Él había sido el pionero, así que todo debía marchar bien, no podía permitirse perder el dineral que le pagaría Olimpia, no podía arruinar la fiesta de consecución de la copa con ese regalo que la dirigencia franjeada había preparado para sus fanáticos (éstos sólo sabían que debían dejar ese espacio, ignoraban para qué).

En la radio del bar, Eric oyó que el árbitro marcaba el final del primer tiempo. Salió entonces a la calle, los vendedores de asaditos y DVDs piratas lo miraron como a un extraterrestre. Eric presionó el botón y se elevó por los aires llenando de sorpresa los rostros de los mercachifles. Se elevó y alcanzó la altura necesaria para pasar encima de la gradería donde los cerristas habían cesado en sus cantos y estaban entregados a comprar rocosas chipas, pororós insulsos, hamburguesas patógenas y lácteos espirituosos. Se

elevó Eric y ya sea porque se había levantado con el pie izquierdo, ya sea porque con el tiempo de inactividad había perdido práctica, por Ley de Murphy u otra combinación de factores adversos, pareció caracolear un buen rato en el aire, colear como una pandorga, parecía que había perdido el control del cinturón cohete, pero luego pudo estabilizarlo. Yo miraba atónito las imágenes en el televisor, porque el clásico lo transmitían en directo para el interior del país. Aunque Eric pudo estabilizar el cinturón cohete, éste tenía poca autonomía, el combustible se acababa rápido y se había consumido bastante en las maniobras de estabilización, así que quiso su mala fortuna que mientras todavía volaba por sobre la gradería norte vestido con la camiseta de Olimpia, se le acabara el combustible en pleno vuelo y aterrizara con violencia sobre unos cuantos aficionados cerristas. Éstos sintieron repentinamente el aire caliente sobre sus cabezas y el brotar de gritos de algunas mujeres que estaban en el mismo sector.

La escena era muy llamativa. Gracias al *zoom* de las cámaras, en el televisor se vio de repente una camiseta de Olimpia en medio de un mar de camisetas azulgranas. El susto inicial de los cerristas cesó, y entonces empezaron a arrinconar al intruso. En realidad no veían a Eric, no les llamaba demasiado la atención el traje de hombre-rana ni los tanques de

combustible en la espalda, ellos sólo veían esa camiseta olímpica que había aterrizado en sus dominios y atacaron. Eric empezó a recibir puñetazos, latas de cerveza, puntapiés y todo linaje de golpes hasta perder la conciencia. Los Cascos Azules tuvieron que intervenir para frenar la barrabasada de la barrabrava. La Copa Libertadores de madera y los restos del cinturón cohete quedaron desparramados en el Sector Norte del estadio. Los detalles de lo ocurrido me los narró Apepú, quien volvió a Minga esa misma noche en un ómnibus de Nuestra Señora de la Asunción. Eric, en cambio, fue llevado a Emergencias Médicas, donde le aguardaba una larga estadía. Se habló después de politraumatismos y fracturas de nombres altamente retóricos.

El superclásico terminó cero a cero.

BOVARISMO DEL ARTISTA CACHORRO

—Desde chico luego ya mostró sus inclinaciones extrañas.

—Sin embargo, a mí siempre me pareció normal el nene.

—Eso porque no es tu hijo y no vivís con él. La cosa habrá empezado cuando él tenía diez años y colgó por el alambre, entre las ropas, mi libro de Economía.

—Jejeje, sí. Me acuerdo de tu Samuelson puesto a secar. Un discípulo joven para Duchamp.

—Sí, *ñembo* Duchamp el nene. No me olvido de esa carta a los Reyes Magos en la que pedía un elefante,

“para ser como Valle-Inclán”. Después andaba asegurando que quería subir al tranvía con dos leones.

—Eso quería Gómez de la Serna. Creo que son poses nada más, simular excentricidad para llamar la atención.

—Sí, quizá. Pero a mí no me era fácil lidiar con esas cosas. Los libros de literatura le volvían loco.

—Eso ya le pasó a Alonso Quijano y un poco también a la heroína de Flaubert.

—Claro, pero él era muy nene todavía. ¿Te acordás de ese crítico literario que trabajaba en el Ministerio?

—Sí, sí. Claro.

—Bueno, ese tipo me llamó un día. Me dijo que fuera a retirar a mi hijo. Cuando fui, el nene estaba allí con los ojos enrojecidos. El crítico me dijo había ido a desafiarlo a duelo de espadas.

—No puede ser.

—Sí, le pregunté de dónde sacó esa locura y me dijo que de la novela *Los detectives salvajes* de Bolaño.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Cuando lo del duelo de espadas... tendría sus quince.

—Bueno, tan nene no era.

—No. Pero él nunca practicó esgrima.

—Ah, ya. Eso le daba pocas posibilidades de éxito ante el crítico de aguda lengua.

—Sí, escaso lápiz y afilada lengua. En la habitación del nene se encuentran cosas extrañas de todo tipo. Ayer, mientras él no estaba, entré y encontré copias del Código Napoleónico y una guía telefónica de Varsovia.

—Stendhal y *La Noche del Oráculo*, de Auster.

—Todo eso, a la larga, era inofensivo. Pero esto sí ya resulta peligroso, cruza largamente los límites de la cordura. Ya no sé qué hacer con él. ¿A quién se le puede ocurrir pegarle unas sonoras bofetadas al cadáver del senador yparacariense en pleno velorio?

—Eso lo sacó de aquella pregunta clásica de Louis de Aragón: ¿ya has abofeteado a un muerto? Aunque el ex senador se lo merecía.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Plenamente. Vaya que se lo merecía.

MISTERIO JFK

Para mi alero Khuen How Ng.

Este no es un cuento, Magritte, no lo es.

Si hay un país donde abundan las entidades extrañas, ese país no puede ser otro que Estados Unidos de América; nación repleta de asociaciones creadas por millonarios excéntricos —cuando no irremediabilmente dementes— que no saben con exactitud qué destino dar a sus bien calculadas fortunas. Nombres como *Sociedad para la Protección del Pingüino Zurdo* y *Vegetables Rights Foundation* pueden dar una idea de lo que estoy diciendo. Una de esas fundaciones me extendió una invitación para participar de un congreso de literatura que se llevaría

a cabo en esas tierras nortañas. Mi parte consistía en preparar un texto “científico-literario” y leerlo en el evento; el escrito sería el trampolín para disparar *a posteriori* las discusiones con la concurrencia. Los invitados eran “escritores que en algún fragmento de sus obras involucraron de uno u otro modo aceleradores de partículas”. Yo había hecho alguna mención en el relato de un libro primerizo, puedo evocar vagamente aquella oración donde el acelerador de partículas aparecía en una metáfora demasiado forzada. Recuerdo con poco cariño a ese cuento del que tan sólo podía rescatarse el ritmo acompasado que imponía a los párrafos la música de marcha militar de las esdrújulas.

La invitación lo cubría todo: pasajes (código de reserva Amadeus: 3M2F87), hotel, viáticos y una carta de la organización que me aseguraría la visa de entrada al país. El congreso tendría una semana de duración. Todo pagado en la mágica isla de Manhattan, donde la Fundación “*Rima de Quarks*” tenía su sede. No encontré motivo alguno para rechazar esa oportunidad. Me metí a *Google Earth* e imprimí mapas de los lugares que me interesaría visitar en la Gran Manzana. Preparé mi texto (título: Basho y los agujeros de gusano), coloqué ropa y ejemplares de mis libros (para intercambio) en una maleta y emprendí el viaje. Luque-São Paulo-New York. Llegué al Aeropuerto

John F. Kennedy de la Ciudad de Nueva York en plena madrugada; un automóvil me llevó de Queens a Manhattan, hasta el hotel que me habían reservado: The POD Hotel. Era un edificio coqueto donde todo estaba minimizado; el espacio reducido de la habitación tenía demasiado de celda pero sin perder un ápice de elegancia. Un hotel digno; pequeño, pero que podía gloriarse de su ubicación en el centro mismo de Manhattan: el Midtown.

Al día siguiente asistí al congreso. Todo salió muy bien. Las lecturas se sucedieron con absoluta normalidad. Escritores casi tan desconocidos como yo hablaban, con admiración, de sus obras; hubo odas a la Ciencia y a la Literatura. Se habló —con más entusiasmo que conocimientos certeros— de gravedad cuántica, de narrativa hipertextual, del bosón de Higgs, las anomalías de las *Pioneer* y de juegos de palabras con neologismos cibernéticos. Lo de siempre. No profundizaré en detalles puesto que carecen de toda relevancia.

Como era mi primera vez en la ciudad que nunca duerme, aproveché la ocasión para hacer lo que todo turista. Central Park, Isla de la Libertad y la estatua cornuda. MOMA y Museo Metropolitano (¡Oh Renoir! ¡Oh Monet!). *Bronx Zoo* y *Ellis Island*. *Madison Square Garden* y *Rockefeller Center*. *Brooklyn Bridge* y *China Town*. Postal nocturna de la ciudad desde la cima del

Empire State. Guggenheim. Un partido de la NBA (jugador de la semana: David Lee de los NY Knicks). Tour *hop-on hop-off* a través de Brooklyn, Queens, Harlem. *Phantom of the Opera*, en Broadway. *Times Square* y la luz como protagonista. La hipermodernidad de Lipovetsky. Nueva York, la gran ciudad con todas sus galas. “Fácilmente batida por Tokio”, según una amiga que estuvo allí. Los mapas que había impreso con *Google Earth* no tuvieron la exactitud que me esperaba de parte de la empresa californiana, mas ello no pasaba de ser un detalle insignificante dentro del contexto de todo lo vivido en la capital del mundo. El congreso llegó a su fin y era imperativa una vuelta a la rutina. Había resultado estupendo pero ahora tocaba regresar.

Llegué al Aeropuerto John F. Kennedy (código IATA: JFK), en Queens, a las cuatro de la mañana. El vuelo de regreso era otra vez con Delta Air Lines (código: DL) y estaba programado para las 06:30 horas. Involucraba conexiones en Atlanta y São Paulo para finalmente llegar a Luque, Paraguay. Delta Air Lines tenía unas máquinas (*kiosks*) que permitían al pasajero imprimir su pase de abordar sin tener que recurrir a los funcionarios de la aerolínea. Me acerqué a una de ellas y leí que recién a partir de las 5 am podría uno empezar a utilizarlas. Me di entonces a la espera. Al pasar unos minutos de las cinco de la mañana me

acerqué nuevamente al kiosk, crucé el pasaporte a través de la banda lectora y completé los datos de mi billete electrónico. El 23 de enero, a las cinco horas y siete minutos de la mañana, tuve ya en mis manos el pase de abordar, según los datos que veía en la pantalla.

Ya estaba todo listo. Era cuestión de esperar a que se iniciara el abordaje. Pero llegaron las seis de la mañana y no vi a ninguna otra persona. ¿Seré el único pasajero?, me pregunté con sorna. El personal de la aerolínea tampoco se dejaba ver. ¿Estaba mal mi reloj? Miré la hora en mi muñeca izquierda y la comparé con la indicada por el celular. Estaban sincronizadas. Fui al kiosk de impresión automática de pases de abordar y vi que la hora era correcta. Pasaba el tiempo y nadie aparecía. Me encontraba en uno de los aeropuertos más importantes del mundo y parecía el único ser que deambulaba en su interior. Afuera, el frío de enero devastaba la ciudad. Adentro, la incertidumbre me devastaba a mí. ¿Qué estaba pasando?

Seguí esperando, pero Godot no asomaba. Los relojes avanzaban. Podía ver que la hora continuaba su marcha en las pantallas de los kioscos automáticos de impresión de *boarding pass*. El aeropuerto más transitado de los Estados Unidos y no se podía contabilizar dos almas en el lugar. Algo andaba mal.

Dejé mi enorme maleta frente al mostrador y empecé a recorrer las instalaciones. Las ventanillas de Atención al Cliente se mostraban vacías. Me metí al otro lado del mostrador de Delta: papeles para completar, formularios de migración. El resto era silencio. Sólo el zumbido liviano de algunos tubos fluorescentes servía como banda sonora a mi desesperación. No se oía tráfico de aviones en el exterior. Todo parecía abandonado. Desierto. Era como si un rayo mortal los hubiera desintegrado a todos y ese rayo desgraciado se hubiera olvidado de mí. Justamente de mí. Creía estar dentro de una novela de Saramago, donde el único ciego era yo; donde sólo a mí me estaba negada la visión de los demás y la percepción del fluir del mundo exterior. Las horas pasaban, el hambre que jugueteaba en mi estómago podía atestiguarlo. Fui a sentarme a un banco y me tomé la cabeza.

—¿Qué diablos está pasando? —grité.

Mi desesperación iba en aumento. ¿Volvería a ver la tierra roja de mi patria? En mi reloj y los del aeropuerto dieron las cuatro de la tarde. Seguí recorriendo la Terminal 2. Gané la calle y fui caminando hasta la Terminal 3, también operada por *Delta Air Lines*. En el exterior del edificio el escenario era el mismo. Desolación. Tan sólo la monocorde música de la soledad se paseaba por las vías del

monorriel *AirTrain*. Continué mi camino y de repente ¡aleluya! Vi a un mendigo durmiendo en el corredor de la Terminal. Un compañero, otro individuo como yo habitando la incertidumbre. Un compinche. Los dos únicos seres que éramos en el tercer planeta. Estaba envuelto en papel diario y unos aplastados cartones le hacían de colchón. Me aproximé.

—*Tell me, my friend, what is going on? Where are all the people? What is going on?* —me oí decir con un inglés impregnado de ese acento latino que suelen tener los traficantes menores en las películas de Hollywood.

—*Ragnarök* —masculló el mendigo, mirándome con unos ojos lentos que bregaban por enfocarme entre la legaña.

—*Ragnarök* —repitió, y tuve la sensación de que el pordiosero había cumplido su misión en el mundo, como si hubiera sido concebido tan sólo para protagonizar ese momento en que debía pronunciar tres sílabas ante un turista carcomido por las preguntas—. *Ragnarök* —dijo lentamente, paladeando la palabra, y señaló el cielo ennegrecido con una mano donde las uñas se mostraban como recientemente decapitadas a dentelladas—. *Ragnarök* —dijo por última vez, antes de darme la espalda y volver a dormirse como si nada sucediera. “Maldito seas”, le grité y me dirigí a la Terminal 3, donde el paisaje era

idéntico al de la terminal anterior. Vi el mismo abandono y mi desesperación fue la misma. La misma, pero no exactamente la misma sino más grande. Acrecentada por aquel misterioso *ragnarök* de mi coexistente. Decidí regresar a la terminal anterior. Nuevamente la calle de aceras ateridas. El viento impío y sus cuchillas. Al volver sobre mis pasos noté que el mendigo ya no estaba donde lo había dejado. No estaban sus cartones ni estaba el papel diario que minutos antes lo aislaba del frío neoyorkino.

Me estaba volviendo loco. Arrastrando mi maleta a toda prisa volví a la Terminal 2, donde debía hacer el *check-in*. Todo fue un angustioso *déjà vu*. Solamente la hora había cambiado en ese lugar. *Ragnarök*, había dicho el pordiosero. Yo no había visto mendigos en Manhattan. Quizá aquí en Queens fueran comunes. *Ragnarök*. ¿Pero qué podía tener que ver la batalla final entre los dioses de la mitología nórdica con que no pudiera volver a mi país? ¿Qué relación podía haber entre Odín y la desaparición masiva de pasajeros y personal de aeropuerto? El *Valhala* de mi patria alejándose más cada segundo, como una galaxia espiral. Ese 23 de enero se volvía más atroz cada vez, se hacía cada vez más intenso en mi memoria; fecha grabada a fuego. Eran ya las once y media de la noche, pronto sería el 24 de enero y yo estaba todavía allí entregado a las garras de lo absurdo, viviendo esa

realidad guionada por algún loco. Me acurruqué en uno de los bancos y caí derrotado por el sueño, rendido ante el esfuerzo terrible de pretender racionalizar lo insano que me estaba sucediendo.

Desperté al oír pasos y voces. Con tan sólo un pie y medio en la vigilia contemplé a la gente haciendo fila frente a los kioscos, imprimiendo sus *boarding pass*, arrastrando su somnolencia, su prisa y sus maletas. Personas, desplazándose en todas las direcciones. De repente todo estaba bien de nuevo. Normalidad. La vida volvía a moverse. Alguien había oprimido el botón *play* de la existencia. Recordé haber olvidado mi pase de abordar sobre uno de los mostradores en la otra terminal. No quería ir a buscarlo por lo que, rogando que la computadora me permitiera imprimir otro, fui corriendo hasta el kiosco. Para mi sorpresa, lo imprimí sin problemas. Y allí el misterio. La fecha no era 24, como cabía esperar. La fecha impresa en el papel indicaba que era el 23 de enero y que eran las 4:41 horas de la mañana. Yo tenía el cansancio acumulado de un día entero. Y sin embargo, según la fecha del pase de abordar, ese día recién empezaba. Pregunté qué día era a un melenudo jovencito que vestía una camiseta con el logo de Metallica y escuché, con horror, la respuesta:

—*January 23, man. Friday.*

No quise entender nada. Con el pase de abordar en la mano hice el *check-in* y me uní luego a una fila para atravesar el área de Migraciones. Pasé. Gané la zona de embarque. New York-São Paulo-Luque. Llegué a casa en las primeras horas del 24 de enero. El día se había congelado para mí, me tocó interpretar el involuntario papel de un Josué del siglo XXI. Hasta antes de escribir este cuento —en un intento de exorcizar ese fragmento irresoluto de mi ayer— no había comentado a nadie el episodio. Me habrían considerado un trastornado. Me he convencido a mí mismo, como un modo de escapar de una segura demencia, de que todo no ha sido más que una avería momentánea en mi percepción del tiempo, debido tal vez a los efectos del estrés al que estaba sometido en aquel entonces. Pero en mi fuero interno sé bien que no se debe a eso. Sé bien que lo que me sucedió en aquel aeropuerto fue tan real y a la vez tan misterioso como el asesinato en Dallas de aquel presidente estadounidense.

Djamena, julio de 2009.

ASUNCIÓN ERA UNA FIESTA

*Al vigilante nocturno de aquel camping catalán
que me salvó de un linchamiento seguro.*

Un lunes, gris y normal como cualquier otro, empezaron a aparecer en Internet fotografías de personas teniendo sexo en los moteles de Asunción y sus alrededores. Gente de a pie, de la que uno cruza constantemente en la calle y también personas que uno suele ver a través de la pantalla de un televisor. Sexo. En moteles lujosos y reservados de la peor estofa. Era la horizontalidad absoluta, igualación, la abolición de las diferencias sociales como en alguna fiesta de Serrat; el sexo como factor común. Podían levantarse de repente fotografías de un vendedor del Mercado

Cuatro encamado con una prostituta de la zona del puerto en un prostíbulo de mala muerte y, en la siguiente vez, las imágenes adiposas de un político de alto coturno revolcándose con una modelo de elevado caché en el reservado más chuchi de Lambaré.

Con la puntualidad de un acreedor, los lunes a las seis de la tarde se publicaban las fotos en rincones diferentes de la red y la dirección de la página *web* viajaba de *e-mail* en *e-mail* a velocidad casi lumínica. Las fotografías tenían muy buena definición y mostraban —en el ángulo inferior derecho— la fecha y hora en las que fueron tomadas. La primera de las que se publicó tenía dos años de antigüedad. Había un orden cronológico en la publicación, el catálogo que se iba armando a cuentagotas seguía un estricto orden secuencial. A veces se publicaban también videos, pero esas ocasiones no eran las más; por alguna razón se decantaba mayormente por las fotografías. Quien haya captado las imágenes tuvo que haberse puesto en una campaña de colocación de cámaras diminutas en todos los reservados. Era una tarea titánica la que había llevado a cabo, nadie entendía aún el motivo. Quizá era tan sólo para “joder la paciencia”, como quería el poeta chileno.

* * *

Celia Matellán (modelo; nota para el programa *TVFarándula*). ¿Pero qué te puedo decir? De repente muy mala onda la prensa. Todavía no puedo entender por qué se arma tanto escándalo por la publicación de las fotos. Si re-divain salí. Es cierto que el diputado es casado y que tiene familia e hijos. Es cierto que el sexo debe ser algo que se hace en la intimidad, sin flashes. Pero también es cierto que todavía por aquí la gente sigue considerando al sexo como algo que el hombre tiene que sacar a la mujer, y no como algo que se hace entre dos, de común acuerdo. Naqueverlo. Se le da ya demasiada importancia al sexo. Por mi parte sólo puedo agradecer la publicación de esas fotos, porque si bien no recibí un solo guaraní por ellas, mi carrera resucitó, súper bien luego está ahora. Si hubiera hecho una sesión de fotos para el calendario de alguna revista me hubieran pagado bien, pero el ruido no hubiera alcanzado ni la mitad de lo que alcanzó con este tema. Para mí, sinceramente, todo esto fue espectacular. En mi agencia están contentos. Mi cotización subió. Van a venir más concursos, más pasarelas y tapas de revista. Cada día más top.

* * *

Los programas de chismes estaban de parabienes. Esos programas televisivos cuya actividad central es la de bucear en la vida privada de las personas tenían

material abundante para batir la mandíbula y mover la lengua deletérea durante varios días. Pero sólo se metían con los famosos, por supuesto. Ignoraban a los desconocidos; los que no formaban parte de la farándula podían estar tranquilos. En cambio, las fotos de los famosos eran exhibidas en televisión, los conductores trataban de entrevistar a los protagonistas, ponían al aire las llamadas al celular de los implicados.

Nadie se escapaba de las imágenes delatorias: jueces, verduleros, modelos, profesores de inglés, vendedores de lotería, volantes de contención, albañiles, contadores, artesanos. Cualquiera de los que concurrieron a esos lugares podía ser el próximo en aureolarse con unos minutos de fama. Estaban todos en la mira. Todos: el noble y el villano; el prohombre y el gusano.

Muchos matrimonios fueron destruidos por las fotografías. En el menor de los casos era simplemente una reputación que se curuvicaba, una reputación que iba al suelo por no tener demasiada movilidad en las artes amatorias (si se mostraba el video) o por la posesión de una serpiente diminuta, como la que se gasta después de nadar en las frías aguas oceánicas. En el caso peor, era un matrimonio que se desplomaba en divorcio debido a la infidelidad demostrada por las imágenes de dos mega-píxeles.

* * *

Bernardo Weiland (ingeniero en electrónica; entrevista telefónica con Radio Luminaria). Los aparatos utilizados son en verdad muy ingeniosos. Mediante el protocolo AT GSM transmiten vía MMS las fotografías jpg y los videos en formato 3gp. Se presenta como una caja que tiene al celular como arma principal y un *hardwarecito* que se encarga de ser el cerebro. Una solución realmente muy astuta. La caja tiene incorporado un detector de movimientos, que al activarse toma una fotografía o graba un video (aleatoriamente) y luego el resultado lo manda al celular que tiene programado. Un simple movimiento basta para activar el sistema. Cuando, acompañados del Fiscal Muñoz, efectuamos la revisión en algunos reservados, comprobamos que varias fotos que envié y videos que grabé eran de la limpiadora juntando profilácticos y otros restos del naufragio. Todavía sigo pensando en la manera en que se armó la solución: materiales electrónicos comunes amalgamados con precisión y cada uno de ellos cumpliendo su rol a la perfección, como una rueda dentada dentro de un complejo engranaje. Es una creación inteligente a la que uno de mis compañeros bautizó como “poesía de los circuitos”.

* * *

La prensa esperaba impaciente la publicación de las fotografías que serían portada al día siguiente en los medios impresos de color de ictericia, en algunos serían alteradas las imágenes con los correspondientes rectángulos negros sobre los ojos y las partes íntimas y otros se referirían elípticamente al asunto (“conocido jugador de saque y volea fue fotografiado en actividad intensa con peinadora de famosos”). Era el pasado el que emergía y venía a buscarlo a uno. Pecadillos de años anteriores que irrumpían, inexorables, en la desabrida telaraña del presente. Cada oleada de fotos ocasionaba un nuevo escándalo y una reputación se hundía (a veces dos).

Un boxeador de marcados abdominales podía ser más frío que —y tener la imaginación de— un pez en la cama. El jugador de rugby podía, entre las sábanas, valer menos que el limpiavidrios de Mcal. López esquina Perú. La conductora de televisión que portaba tan abultadas glándulas mamarias podía sorprender después, al sacarse nada más el corpiño, con unos senos flácidos y en exceso obedientes a la ley de la gravedad. Pero todo esto ya lo descubrió el Marqués de Iria Flavia en alguna novela sobre Arizona.

* * *

De (0961) 999476 a (0981) 035714 (mensaje de texto):

Q acs, Kris? Vi los vdos hot. L part dl pt pga. Nviam xfa l new q tns. Vero.

* * *

Rosana de Cattoni (esposa del diputado). ¡Cómo lo odio! Ahora estoy en boca de todos. Soy la cornuda, vaya por donde vaya soy asediada por cuchicheos, personas que me miran por el rabillo del ojo, gestos cómplices, codos que livianamente se clavan en los costados para indicar algo, risas bajitas. Soy el hazmerreír y el único culpable es mi marido. Pero cómo se atreve a ponerme los cuernos con una modelito, rubia oxigenada que sólo puede vivir si su nombre se pronuncia en la televisión y los flashes la envuelven. Me dan ganas de quedarme encerrada en casa y no salir hasta que todo se olvide. Pero la gente tiene muy buena memoria para estas cosas. Aunque todo tiene su revancha, quisiera ver la cara de mi marido cuando el voyeurista llegue a publicar mis escenas eróticas, ya hasta me parece escuchar sus reclamos, su discurso. Como si él tuviera el derecho y yo no. Cuando el matrimonio asfixia, una siempre busca una escotilla por donde respirar. Es quizá un derecho humano, o un deber.

* * *

La desesperación de la industria motelera herrumbraba el cielo. La clientela se hizo nula, nadie quería arriesgarse a ser el próximo individuo en ocupar las páginas de la prensa amarilla y estar en boca de todos. Y comenzó el rastrillaje. El primero en aparecer en la televisión fue el encargado de relaciones públicas del motel *Paraíso en la epidermis*. Hicieron la revisión ante la audiencia del noticiero, desmontaron las diminutas cámaras que estaban empotradas en lugares estratégicos, bien ocultas. Eran artefactos sensibles al movimiento, que se disparaban sin flash y enviaban instantáneamente la fotografía o el video a otro celular (el aparato en el cual el voyeurista recibía el material y lo guardaba para su posterior publicación).

Otros moteles se vieron en televisión haciendo lo mismo, rompiendo muebles para sacar las cámaras. La vuelta a la privacidad, decía el eslogan de una campaña publicitaria de un reservado lambareño. Pero la confianza —ese quisquilloso cristal— ya no se pudo restaurar. Había vuelto a multiplicarse la vieja práctica de pedir prestada a los amigos la llave del departamento o de la casa. El mundo debía continuar a pesar de las fotos del extraño antihéroe voyeurista.

* * *

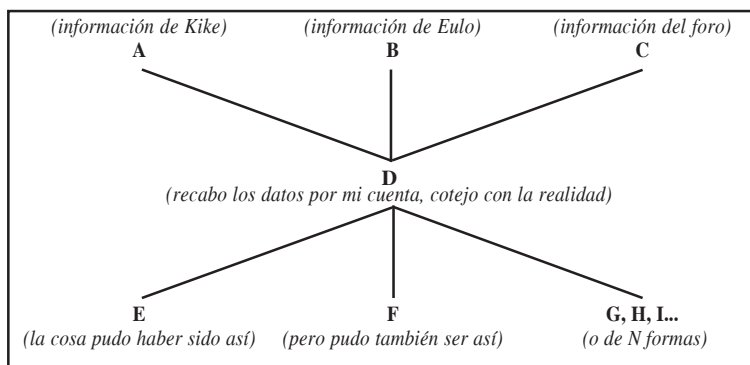
Jorge Grandinetti (productor de TVFarándula).
Este liberador movimiento del voyeurista nos ha dado

muchísima tela para cortar. Nos ha verdaderamente nutrido de temas para cada semana. Estamos encabezando las planillas de *rating* repetidamente y esa tendencia continuará mientras las imágenes íntimas sigan haciéndose públicas. Pero no puedo evitar pensar en lo que podría pasar en caso de que aparezcan mis fotos con Robert. Yo le decía que no era recomendable ir a un reservado, pero él dale que te dale que hay que experimentar de todo en la vida y que debíamos vivir nuestro amor al cien por ciento y hacerlo en todos lados, en varios puntos geográficos, para tener más ocupada y divertida a la memoria. Se acerca la hora en la que las fotos serán publicadas y mi impaciencia crece al ritmo de mi nerviosismo.

* * *

Pablo Canillas (escritor y negro literario; publicado en su *blog*). El primero en hablarme del suceso que estaba alborotando el gallinero fue Kike. Me dijo que un paparazzi obtuvo y publicó las fotos de la conductora del noticiero, fotos de cuando estaba manteniendo relaciones íntimas con un amante. Recuerdo que pensé que la presentadora sería carne de cañón del canibalismo mediático y no era improbable que la sacaran de la conducción del informativo, sabiendo de la hipocresía y moralina de este país. Unas horas después, Eulo me dijo que fue el

ex amante quien dio a conocer las imágenes para vengarse de ella por haber cortado la relación. No me sorprendió demasiado, así suelen funcionar esas cosas. Entonces tenía dos versiones: por un lado, el hábil paparazzi que obtiene las fotografías y, por el otro, el amante despedido que publica las imágenes tomadas de pleno acuerdo, en el furor de la batalla de pieles. Un tercer elemento se agregó a la lista, algo que leí en un foro de Internet, una información que no invalidaba ni la versión de Kike ni la de Eulo. Después, con el correr de las semanas, el caso del voyeurista se aclaró y entonces empecé a pensar en el modo en que podría explotar literariamente el acontecimiento. Lo mejor era utilizar la doble fuente por la cual me enteré del hecho en sí, agregar lo del foro, investigar y después sacar conclusiones. Podía ser una especie de relato policial inclusive, por lo de la investigación. Armé esta estructura para la narración:



Al final, el narrador del cuento podría quedarse divagando con los datos, armando rompecabezas, soluciones posibles sin decidirse por ninguna. Lo bueno de la literatura es que uno tiene el control siempre y puede divorciarse de la realidad sin problema alguno. Quizá no use ninguna técnica en particular. O emplee varias de ellas. Todavía no sé bien. Lo único que tengo por cierto ahora es que iniciaré el relato con esta frase: “Un lunes, gris y normal como cualquier otro, empezaron a aparecer en Internet fotografías de personas teniendo sexo en los moteles de Asunción y sus alrededores”.

* * *

Antolín Buenaventura (director de *Paraíso en la epidermis*; su intervención en la asamblea de socios de la empresa). Malo. Definitivamente malo para el negocio. Péximo. Nuestra facturación tocó fondo. La publicidad negativa que proporcionó este episodio será demasiado difícil de lavar. Nuestro negocio se basa en la confianza de nuestros clientes. La imagen, la higiene y sobre todo la confianza. El no ver nunca el rostro de nadie. Discreción extrema. Hacer todas las negociaciones con el local a través de una puertita colocada sobre una puerta grande. Reminiscencia de muñeca rusa. Una puerta pequeña situada a la altura del pecho y a través de la cual circula de todo, como

un esófago de madera. El personal que abre el portón con celeridad y luego vuelve a su lugar, para no ver la cara de los clientes. Las órdenes de bebidas o alimentos realizadas vía telefónica. Impersonalidad. Mando a distancia. Ahora nadie viene ya. Pero les pido paciencia, porque esto pasará. Como todo. Tengo fe en que el río volverá a su cauce. Las hormonas volverán a ser más fuertes que el temor a la vergüenza. Lo sé. El sexo mueve al mundo.

* * *

La policía se puso a perseguir al travieso voyeurista. Pero la red Internet es lo más parecido que hay a un territorio liberado. Una orden judicial podía impedir que una página web siguiera mostrando unas imágenes explosivas, pero al cerrar una, se abrían diez para reemplazarla. Bastaba con utilizar un servidor gratuito para levantar las fotografías indiscretas o los videos picantes y luego lanzar la dirección del sitio en algún foro. A partir de allí ya todo iba como en una reacción en cadena de la polimerasa. La dirección de la página podía llegar, por ejemplo, vía mensaje de texto al teléfono celular de un periodista, o de varios de ellos, quien(es) se encargaría(n) de filtrarlo a la *web* y a partir de allí las fotos serían huéspedes en la gran mayoría de los discos duros paraguayos.

* * *

Rogelio Medina (psicólogo; apunte para un futuro libro de memorias). La aparición de las fotografías y de los videos de la serie 'voyeur', en primer lugar, me hizo pensar en esas sondas estadounidenses que exploran el espacio en espléndida soledad, las que se acercan a los planetas y los observan inmunes al Síndrome de Stendhal. Las fotografías del voyeur se aproximaban para mirar la intimidad de todos, desde pequeños asteroides hasta gigantes gaseosos como Júpiter. Pero luego consulté una enciclopedia y caí en la cuenta de que las sondas, esos pájaros de Pávlov, se llamaban en realidad Voyager, pero hay que reconocer que algo de voyeur tienen. Las dos palabras se remontan a la lengua francesa y hay una suerte de rima de ideas entre la labor de ambas, un paralelismo no demasiado forzado. El cerebro borra los límites precisos entre las dos palabras y asocia ideas. La fisiología del almacenamiento de la memoria en el cerebro es uno de los más grandes misterios que está todavía resguardado por un cráneo. Reintegración, reproducción, reconocimiento y reaprendizaje. Tenemos una sociedad enferma. Lo del voyeur es sintomático. Una imagen eidética de la intimidad sexual asuncena.

* * *

Patricio Pardo (periodista; fragmento manuscrito del artículo que luego aparecería en su columna de opinión). Lo que podría rescatarse de todo esto es que cada habitante del Paraguay ahora sabe lo que significa la palabra voyeur. “Persona que disfruta contemplando actitudes íntimas o eróticas de otras personas”. En la prensa hemos machacado una y otra vez con el significado. Hasta ahora no sabemos cómo se llama el anónimo héroe que comenzó este reguero de pólvora, píxeles y tinta. Pero las camaritas que instalaba en los moteles iban numeradas: Voyeur I, Voyeur II, y así hasta Voyeur XXXII. En varios moteles se han encontrado instalados sus aparatos. La prensa entonces lo bautizó como “El Voyeurista”. A mí me gustaba más “El desnudista vestido”, que fue lo que propuse en la reunión del diario, pero el consenso no estuvo conmigo. ~~Me muero de ganas porque sean las fotos de la notera de espectáculos las que aparezcan el lunes por la red. Te apuesto todas mis fichas, voyeurista.~~

* * *

Adolfo González (policía contra cibercriminales; extraído de su diario personal, 23/ago/2006). Es muy hábil este individuo, los números de celulares a los que enviaba las fotos y videos están asociados a *simcards* activados a nombre de ciudadanos

inexistentes. Es una pena que la gente de las empresas de telefonía móvil active nomás a diestra y siniestra las líneas sin pedir demasiada identificación. Así se dificulta el trabajo de la policía y el delito encuentra un campo fértil para propagarse. Positivo. Tenemos que atrapar a este voyeurista, los jefes están anormalmente preocupados y pusieron a todo el departamento de lucha contra el delito cibernético a trabajar en el caso. Pero es muy hábil, no hay una sola huella dactilar en los aparatos hallados en los moteles y sólo desde abarrotados cibercafés publica las fotografías y siempre en ciudades diferentes. Debe ser una organización mafiosa, pero no podemos todavía entender cuál es el móvil del hecho. Habrá que seguir investigando. Hay mucha presión desde las altas esferas políticas.

* * *

—¿Viste pio las fotos del presidente del club?

—Ni ahí. Entré a la dirección que me pasaste, pero ya no había nada.

—Ndera, entoncero la policía se te adelantó, pero tranquilo, yo tengo todo en mi disco duro.

—¡Oita! Enviámena por correo, prosor.

—Sin corte, chera'ato. Para este sábado con loperro de la hinchada le vamos hina a armar un quilombo frente a su casa.

—Se merece legalmente el tipo, demasiado grande ya es su sinvergüencia, hace cinco años que no ganamos ni la Copa Filigrana.

—Sí, y somos ningo un club grande. Es para picharse ya.

—El tipo en vez de batallar comprando jugadores decentes se la pasa usando la mosca con promotoras vairas.

—Decí nomás, re-fuerte está la pendeja. Te voy a enviar las fotos para que veas.

—Oîma, loco. Purete.

—“Japyta upéicha”, he’i jagua pa’ä.

* * *

Luego de casi año y medio de pulcra e ininterrumpida labor, de un día para otro, las fotografías dejaron de aparecer. La policía no afirmó haber atrapado al voyeurista. Simplemente dejaron de publicarse en la red los videos y las fotografías. Quizá se le acabaron. O tal vez alguien le echó el guante encima. Las tardes de los lunes volvieron a contagiarse de su aburrimiento habitual. La prensa tuvo que archivar el *affaire ‘voyeur’* y volver a la polvorienta rutina de inventar y edulcorar las noticias (o envenenarlas, según el punto de vista).

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------|----|
| El cobarde de la Línea 31 | 9 |
| <i>Teju'i</i> | 19 |
| Cuando un hijo en un arrebató | 27 |
| De larga distancia | 35 |
| <i>Bookcrossers</i> | 39 |
| La chiripa | 51 |
| Cinturón cohete | 59 |
| Bovarismo del artista cachorro | 71 |
| Misterio JFK | 75 |
| Asunción era una fiesta | 85 |

Se terminó de imprimir
en setiembre 2009
Arandurã Editorial
Tte. Fariña 884
Telefax (595 21) 214 295.
Asunción-Paraguay